Leyendas del monte Kumgang

Leyendas del monte Kumgang

Traducción: O Se Hyo

Ediciones en Lenguas Extranjeras
Pyongyang, Corea
1990

DE LA REDACCIÓN

Nuestro país, con cinco milenios de historia y una espléndida cultura nacional, conserva el encanto de las leyendas que se transmiten de padres a hijos desde la antigüedad hasta nuestros días.

El monte Kumgang, situado en la provincia de Kangwon septentrional, no sólo es famoso por sus pintorescos paisajes, sino también por las disímiles leyendas que se han tejido a su alrededor.

Acerca de cada uno de sus doce mil picos, y cada una de sus rocas y abras, existen diversas historias creadas por la imaginación de sus pobladores.

De ellas se sacan a la luz 25, en varios idiomas.

Marzo de 1990

ÍNDICE

Manantial de la juventud ····· 1
La tortuga petrificada ····· 9
Canción a la campánula ····· 14
El hada del Kumgang ····· 21
La roca espejo ····· 36
La flor Talkot ····· 43
Loma Fidelidad ····· 52
Falda de seda con dibujos del monte Kumgang ····· 57
Cuesta Veinte Años ····· 61
El abuelo del valle Manryang ····· 67
La colina Miramar ····· 72
El hada y el joven ····· 80
Una escalera de plata y otra de oro ····· 88
La roca Rana ····· 94
Un súbdito del emperador celestial ····· 99
Handol y Dudol ····· 104
La roca Conejo ····· 116
Hanbong y Podok ····· 122

La roca Hércules ····· 129
Eres también un castaño····· 135
Tres hermanos y un potro····· 142
La muchacha de la aldea Kumrosu ····· 146
Terraza Unson ····· 150
La astucia de la nutria ····· 157
El oso que no pudo comerse la bellota····· 165

Manantial de la juventud

Con sus majestuosos picos, exuberantes valles y frondosos bosques, que en la primavera se cubren de flores y en el otoño se tiñen de rojo encendido, el monte Kumgang posee un extraordinario encanto.

La belleza de su paisaje se completa con los riachuelos y manantiales de aguas cristalinas, alrededor de los cuales se han tejido múltiples e interesantes leyendas.

Una de estas leyendas narra que en la aldea Onjong, ubicada en el monte Kumgang, vivía un anciano matrimonio laborioso y de noble corazón.

El hombre recogía todos los días en el monte Kumgang

plantas medicinales, mientras que su esposa se dedicaba a cultivar hortalizas en una parcela y a tejer telas de cáñamo. Ambos eran muy felices.

Un caluroso día de verano, el anciano se internó, apoyado como de costumbre en su bastón, en el valle de los Peñascos de las Mil Figuras para recolectar las plantas medicinales.

Hacía un calor sofocante. Sintió sed y comenzó a buscar dónde tomar agua. En ese instante se percató de que en mitad de un barranco brotaba un manantial. Bebió hasta saciarse. Y, ¡qué extraño!, de inmediato sintió como si estuviera borracho. Bostezó una y otra vez y se quedó dormido.

Despertó cuando el sol se ocultaba detrás de la loma Onjong.

"Caramba, he dormido demasiado, llegaré tarde a casa", se dijo y, colgándose la cesta en el hombro, emprendió el camino hacia su hogar. Para su sorpresa se sentía fuerte y muy alegre. Cuando llegó aún no había caído la noche.

Desde el patio vio a su esposa preparando la cena. Ella lo miró fugazmente, sin decirle una palabra, como si se tratara de un desconocido. Recordó que otras muchas veces ella salía hasta el portillo de la cerca y lo recibía con gran alegría, tomando de sus manos el cesto.

"Oye, mujer, ¿has perdido la vista? ¿Por qué me miras como a un extraño? ¿No ves que soy tu esposo que acaba de regresar

de recoger plantas medicinales con este calor abrasador?", preguntó con disgusto. Entonces la anciana, encendida por la cólera, respondió:

"Tú debes estar loco, de lo contrario no te atreverías a llamar esposa a una vieja. ¡Qué joven mal educado!" Tras decir estas palabras, salió blandiendo un atizador para darle un escarmiento.

El hombre se quedó pasmado por el asombro. "¿Habrá perdido la razón? Si no es así, ¿por qué no me reconoce?", se dijo, y sacó del cesto un pañuelo y lo arrojó a su mujer, gritando:

"¿No es esto el pañuelo con que envolviste esta mañana mi almuerzo? ¡Qué chocha estás!"

Acto seguido, se fue hacia un arroyuelo cercano. Se sentó en cuclillas a su orilla y acercó las manos al agua. En ese instante se sorprendió al ver que desde el fondo del agua le estaba observando un joven. Volvió a mirar y descubrió que el rostro que se reflejaba en el agua era idéntico al que tenía él en su juventud. "Es él mismo, no hay dudas, de cuando contraje matrimonio", se dijo, lleno de alegría. "¿Cómo me he rejuvenecido así?", pensó, acariciándose la cara. "¡Ajá!, esto se debe al agua del manantial, —exclamó—. Gracias a sus efectos pude llegar a la casa sin bastón. ¡Qué maravilla!", dijo dándose palmadas en la rodilla.

Volvió a su hogar y le contó a su mujer lo sucedido en el día.

“¡Qué cosa más extraña! ¡Ojalá no sea un sueño!”, pensó la anciana. Se encogió de hombros y se dejó caer en un banco de piedra diciendo: “¿Cómo puedo vivir yo, una mujer septuagenaria con un hombre tan joven como mi nieto? ¡Qué vergüenza!”.

El marido comprendió lo que sucedía en esos momentos en el alma de su esposa y a la mañana siguiente la llevó al manantial del valle de los Peñascos de las Mil Figuras.

“Es aquí, bebí en esta fuente y me rejuvenecí”, dijo con júbilo a su mujer.

“¡Ay!”, la mujer exclamó atónita, al observar que en medio del barranco brotaba el agua cristalina.

“Bebe cuanto quieras”, invitó el marido a su esposa extendiéndole una hoja ahuecada con la que sacó el agua.

Ella bebió hasta saciarse. El agua estaba tan fría como el hielo. Al poco rato bostezó una y otra vez, se sentó y se quedó dormida. Mientras tanto, fue rejuveneciendo: recuperó el color negro de sus cabellos y desaparecieron las arrugas de su rostro.

Después se enderezó con agilidad. Parecía que toda ella recobraba nuevos bríos. No tardó en transformarse en una muchacha de veinte años. “¡Qué maravilla!”, dijo con alegría el hombre mirando a su joven esposa. Y de inmediato sacudió su cuerpo.

“Despierta. Eres tan joven como yo. Recuperaste la belleza que tenías cuando te casaste conmigo.”

Y tomó con fuerza sus manos.

La mujer despertó y se miró en el agua del manantial.

“¡Qué maravilla!, es el mismo rostro que yo tenía cuando joven. Oye, mi voz también es la misma de entonces —la mujer no cabía en sí de alegría—. Ahora no tenemos nada que envidiar a nadie.”

“Tienes razón”, agregó el esposo.

La pareja, muy contenta, contempló el hermoso paisaje. Sobre la Puerta al Cielo, abierta en lo alto de un peñasco, se derramaban los policromados rayos del sol, y enfrente se alzaban los altos picos Chaehwa y Jipson envueltos por una neblina color púrpura.

“¿En realidad es este nuestro monte Kumgang?”, preguntó la mujer como si lo viera por vez primera.

“Claro que sí. Pero hasta ahora no pudimos disfrutar de él por dedicar todo nuestro tiempo al trabajo para poder vivir”, contestó emocionado el esposo.

“En verdad que el monte Kumgang es un lugar exquisitamente hermoso”, dijo ella.

“Así es”, asintió él.

El matrimonio permaneció largo tiempo al lado del manantial,

contemplando el majestuoso monte Kumgang con sus doce mil picos y sus valles. En su corazón palpitaban la felicidad y el orgullo de vivir allí. Abandonaron el lugar, cuando el sol se ocultaba tras la loma Onjong, pero como estaban rejuvenecidos, llegaron a su hogar antes del anochecer.

La noticia llegó a oídos de un hombre muy rico que vivía en la aldea y despertó en él la codicia. “No hay dudas de que mañana todos los labradores de la aldea irán a beber agua del manantial y se secará. “¿Qué debo hacer?”, pensó el ricachón, y sus ojos parpadearon. “Será mejor que yo llegue antes que ellos”, se dijo decidido. Dicho y hecho, se puso en camino hacia el manantial pese a que la noche era muy oscura. Al llegar, se puso de rodillas diciendo: “Si tomo de esta agua, rejuveneceré, ¡qué bueno!”, y bebió con glotonería. Sintió mucho sueño y se derrumbó al lado de la fuente. Como se había excedido tanto, se transformó en un bebé del tamaño de una pulgada. Toda la noche se la pasó gateando y llorando a lágrima viva en las cercanías del manantial.

Por la mañana, todos los ancianos de la aldea se dieron cita allí, siguiendo al matrimonio que había encontrado el manantial de la juventud. Tomaron el agua y rejuvenecidos bailaron de alegría. Al poco rato escucharon el tenue llanto de un niño y aguzaron el oído.

El lloriqueo provenía de un matorral. Se acercaron y descubrieron a una criatura de una pulgada, que lloraba y pataleaba.

"¿Es posible que exista en el mundo un bebé tan pequeño como éste?"

"¿Quién lo habrá abandonado en el matorral?"

Los presentes, pasando de mano en mano al bebé, lo observaron con gran interés.

En ese instante llegó una mujer gruesa, que era la esposa del mencionado ricachón.

Al verla, el pequeño dejó de llorar y, tratando de correr hacia ella, dijo:

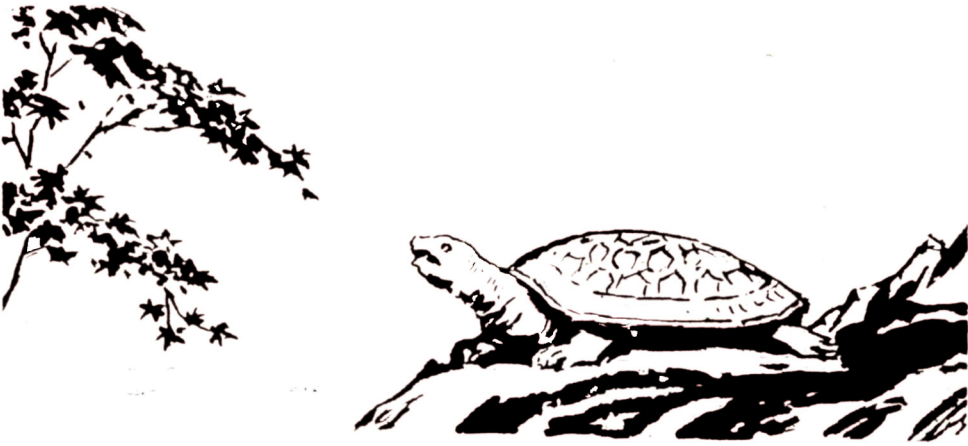
"Mírame, soy yo, tu esposo."

Pero, como no podía caminar, lo mismo se caía de espaldas que de bruces.

La mujer, que miraba atónita a aquel pequeño ser que debía ser su marido, volvió la espalda y se marchó corriendo, sin mirar siquiera hacia atrás.

"Escúchame mujer, llévame contigo, por favor", gritó la criatura con voz apenas audible moviéndose a gatas. Al verlo en esas condiciones los aldeanos se desternillaron de la risa.

Al recuperar la juventud perdida los aldeanos trabajaron con mayores deseos y gozaron de una vida larga y feliz.



La tortuga petrificada

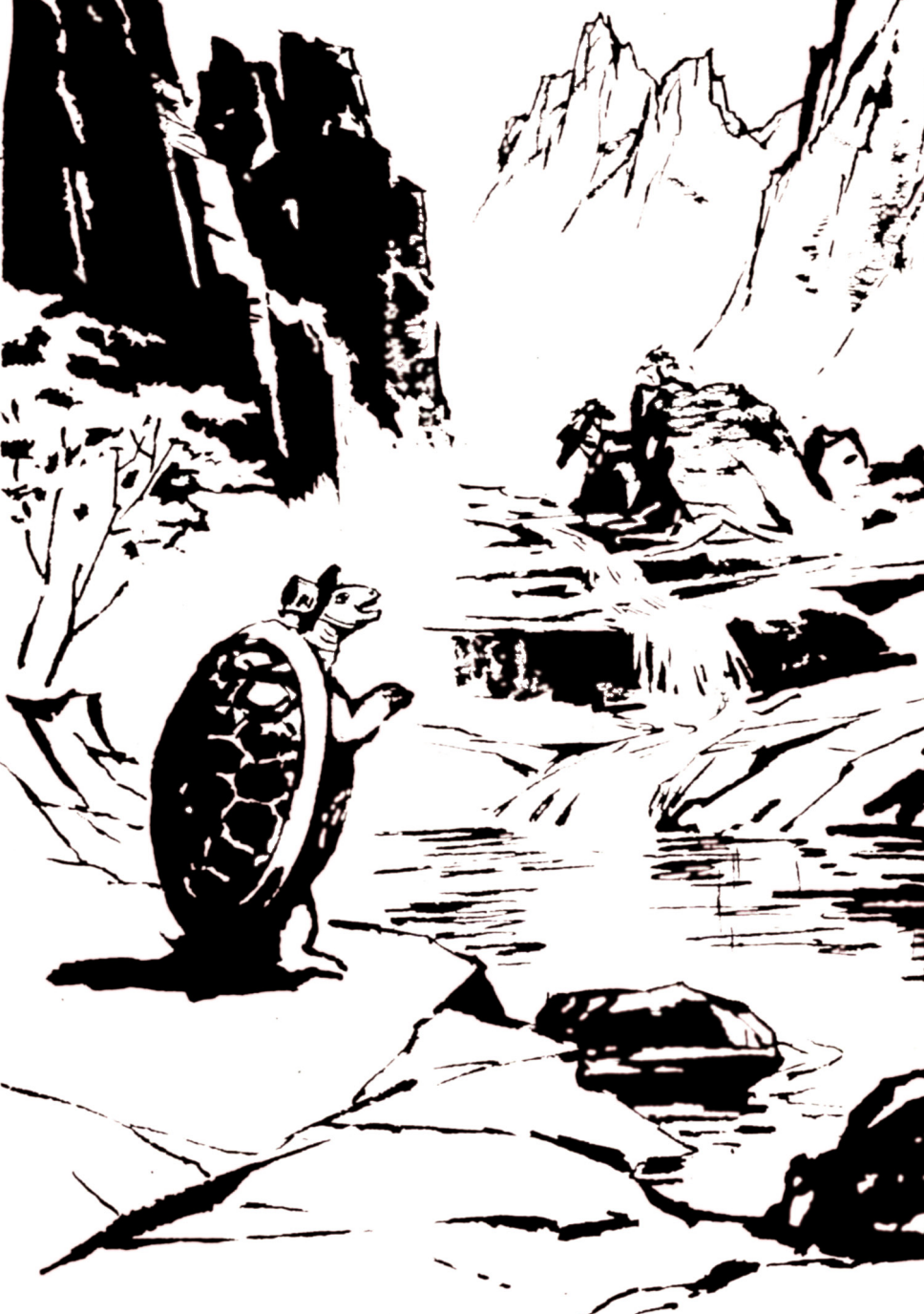
Tras ascender durante varios minutos hasta el monte Kumgang se llega al valle Manphok, donde se halla la pequeña laguna Tortuga, en cuya ribera existe una enorme piedra que semeja la figura de este animal mirando hacia una roca plana en la que se observa una amplia abertura. La tortuga y el orificio rupestres motivaron la siguiente leyenda.

Hace muchísimos años en las profundidades del Mar Este de Corea existía un palacio de dragones y allí vivía una tortuga. Un día escuchó, de boca de los sábalos que habían ido a desovar

al arroyuelo Onjong del monte Kumgang, la buena nueva de que éste era un sitio tan hermoso que todo el que lo veía, adquiría una vista prodigiosa. Como por entonces sus ojos iban perdiendo cada día más la visión, la tortuga suplicó al rey de los dragones que le permitiera visitar ese maravilloso lugar. Este, teniendo en cuenta su diligencia y honestidad, le dejó ir, no sin advertirle que debía regresar antes de que con la llegada del otoño los árboles se deshojaran.

"Así lo haré", juró la tortuga y con inmensa alegría emprendió el viaje hacia el monte Kumgang por el túnel que con anterioridad había abierto el rey con un bastón mágico, de modo que ese lento animal pudiera llegar rápido a su destino. De este modo se abrió el mencionado orificio, por el que salió la tortuga al valle Manphok.

"¡Qué maravilla!", exclamó fascinada la tortuga ante el hermoso paisaje que se ofrecía a sus ojos. Como era en pleno otoño, parecía que el valle estuviera en llamas debido a la rojiza tonalidad que habían adquirido las hojas de los árboles. Desde lo alto de los precipicios, que semejaban estar hechos con rocas hábilmente talladas, descendían las aguas de las cataratas grandes y pequeñas, emitiendo un sonido que se escuchaba en todo el valle, y la caída del agua daba origen al arco iris. En el fondo, las cristalinas aguas de una de ellas dieron origen a una laguna.



Tras permanecer un buen rato sin saber qué hacer, la tortuga echó a andar, con pasos lentos, alrededor de la laguna. Ahora veía todo con mayor claridad como le habían asegurado los sábalos. Dio otra vuelta. Cuanto más la observaba, tanto más hermosa y misteriosa le parecía. Estaba tan encantada con la laguna que no quiso ver otros lugares. Paseó sin descansar un momento por sus orillas, unas veces bebiendo de sus aguas, otras comiendo bayas bien maduras. Así transcurrieron los días. Dio más de cincuenta vueltas a la laguna, sin recordar que debía regresar al palacio.

Un día sintió sed y se acercó a la laguna, pero se sorprendió al observar las hojarascas que cubrían la superficie.

Levantó la cabeza y miró a su alrededor. Los árboles estaban casi totalmente sin hojas. Sólo entonces recordó las palabras del rey de que debía regresar antes de que eso ocurriera. "¡Ay de mí! ¿Qué debo hacer? Me castigará por la tardanza", se lamentó. Con prisa se acercó a la roca donde estaba el agujero y trató de pasar por allí. Introdujo la cabeza, pero el cuerpo no pasaba. Se acurrucó y se ovilló, pero no logró. Sacó la cabeza y se preguntó: "Salí por esta abertura, entonces, ¿por qué no puedo entrar?", pero no encontraba respuesta a esta situación.

Hizo un nuevo intento, pero fue inútil. Totalmente agotada se desplomó en la roca plana. Durante su permanencia en el

valle Manphok había engordado mucho, porque el agua que bebía contenía sustancias tonificantes de *insam* silvestre y del cuerno de ciervo. Pero ella no lo sabía, y por última vez intentó pasar por el hueco. Poco después quedó petrificada.

Canción a la campánula

El monte Kumgang ha inspirado a la creación de muchas canciones. Incluso sus plantas han dado lugar a anécdotas y melodías.

Una de ellas, la campánula blanca que abunda en el valle Okryu, es muy conocida por su agradable sabor y efecto curativo.

Acerca de ella se ha tejido una leyenda que narramos a continuación.

En una aldea muy distante del monte Kumgang vivió hace muchos años una joven a quien todos conocían con el nombre de Ipun (la bonita). Como su nombre lo indica era bella y tenía un noble corazón. Por el día ayudaba a sus padres a cultivar la tierra y por la noche tejía a la luz de la luna y las estrellas. Transcurrió el tiempo y la muchacha cumplió 18 años de edad. Los vecinos y amigos acudieron a felicitarla cuando contrajo matrimonio con

un muchacho trabajador y generoso llamado Kangsoe. Eran muy felices. Un día primaveral Kangsoe fue al monte por leña, pero desafortunadamente cayó por un precipicio y se hirió de gravedad en la cabeza. Se vio obligado a guardar cama. Días y meses, entre lágrimas y suspiros, dedicó Ipun a atender al enfermo. "Ay, mi vida, ¿cómo salvarte?", se lamentaba sin cesar.

Un día fue a visitarla el anciano de mayor edad de la aldea y le recomendó que la mejor medicina para curar al enfermo era el guiso de la raíz de la campánula blanca. "¿Campánula blanca?", preguntó con alegría Ipun. Pero, al pensar que sólo conocía esa planta por referencia y no existía el medio de conseguirla, se volvió a entristecer. Lanzó un hondo suspiro al mirar el pálido rostro de su esposo. De repente se levantó y se arregló el vestido, como si se decidiera a salir.

"Mantente tranquilo, por favor, hasta que yo regrese", susurró al oído del enfermo.

Tomó un enorme cesto de bambú y se marchó.

Fue a ver a un anciano que cultivaba plantas medicinales en una montaña.

Este, muy conmovido por su explicación, le dijo que para recoger la campánula blanca debía ir al valle Okryu en el monte Kumgang; le indicó en detalle el camino y le dibujó incluso la planta.

“Muchas gracias”, dijo Ipun haciendo una profunda reverencia.

Con el dibujo de la planta la muchacha emprendió el largo y difícil camino hacia el monte Kumgang. A su paso encontró abruptos precipicios y ríos revueltos, que evadió trepando a rastras o dando rodeos. La imagen del esposo enfermo le dio mayor fuerza y valor.

Días después llegó al valle Okryu, en el monte Kumgang.

Observó una exuberante variedad de flores que exhalaban una agradable fragancia.

“¿Cuál será la campánula blanca?”, se preguntó y sacó del bolsillo de su vestido la flor dibujada por el anciano. Comenzó a buscarla por todas partes, pero no la vio.

“¿Por qué no se ve?”, su corazón latió con fuerza por la inquietud. Exhaló un leve suspiro y miró hacia el valle de enfrente. En el acto sus ojos brillaron de alegría. Allí se veían unas flores tan blancas como la nieve.

“¡Ah, campánula blanca!”, exclamó y corrió hacia allí. Las hermosas flores se mecían sostenidas por fuertes tallos. “Oh, ¿tú eres la campánula blanca que yo buscaba con tanta ansiedad?”, Ipun no cabía en sí de gozo. Cogió un tallo, removió con cuidado la tierra y extrajo la raíz. Esta resultó ser tan grande que ocupó la mitad del cesto. Recogió otra y el cesto se llenó. La joven estaba muy alegre e improvisó esta canción:

Campánula blanca
del monte Kumgang,
provincia de Kangwon,
tus raíces son tan grandes,
que para llenar un cesto
no es necesario recoger tres.
Ejeyo, ejeyo, ejeyo,
me das alegría, me haces feliz.

Cuando terminó de cantar, levantó la vista y descubrió entre las rocas otra campánula muy bella.

Los labios de Ipun entonaron otra estrofa:

Campánula blanca
del monte Kumgang,
provincia de Kangwon,
¿no encontraste otro sitio
para echar tus raíces
que entre estas dos rocas?
Ejeyo, ejeyo, ejeyo,
me das alegría,
me haces feliz.

Con el cesto lleno Ipun descendió rauda el valle de la laguna Kuryong y se dirigió a su casa.

Su esposo estaba al borde de la muerte, pero aún se mantenía consciente.

"¡Kangsoe!", llamó Ipun con alegría y se sentó en cuclillas a su cabecera para enjugarle el sudor que le perlaba la frente. Luego se encaminó a la cocina y encendió el fogón, echó las raíces de la campánula en el agua hirviente, las condimentó con aceite de sésamo y otros ingredientes y se las llevó a su esposo.

"Toma, por favor, es un remedio hecho con las raíces de la campánula blanca que recogí en el monte Kumgang."

El hombre estaba tan emocionado por los cuidados de su esposa que no sabía cómo reaccionar.

"Gracias, Ipun", balbuceó tomándole con fuerza las manos. Kangsoe se recuperó y al día siguiente pudo levantarse de la cama. Ipun no cabía en sí de alegría. Con el corazón henchido de felicidad, fue al pozo y cantó varias veces la melodía que creara mientras recogía las raíces de esa planta medicinal en el monte Kumgang:

Campánula blanca
del monte Kumgang,
provincia de Kangwon,

tus raíces son tan grandes
que para llenar un cesto
no es necesario recoger tres.
Eheyo, eheyo, eheyo,
me das alegría,
me haces feliz.

Al oír su canto los aldeanos acudieron al pozo. Mientras más la escuchaban, más deseos sentían de oírla. Luego la corearon suavemente.

La melodía corrió de boca en boca, difundiéndose ampliamente bajo el título de *Ca3nción a la campánula*.

El hada del Kumgang

Si el visitante, después de admirar la laguna Kuryong, cruza el puente colgante y sube las escaleras de piedra hasta llegar a la terraza Kuryong, podrá divisar fácilmente las ocho lagunas situadas en un profundo valle, las cuales dan la impresión de ser preciosas perlas que alguien escondiera allí.

Las famosas Ocho Lagunas del monte Kumgang, a pesar de encontrarse entre altas montañas donde ni siquiera las aves osan sobrevolar, poseen una interesante historia.

Hace muchos siglos, en el valle de la laguna Kuryong del monte Kumgang, existía una aldea llamada Okryudong. Enfrente corría un arroyuelo de aguas cristalinas y por detrás se alzaba la terraza Chonhwa, semejante a una enorme y hermosa flor. Allí vivía el joven leñador Pau, junto con su anciana madre que se había quedado viuda.

Pau amó mucho a la aldea que le vio nacer y crecer. Con la

llegada de la primavera sembraba flores en las montañas cerca de la casa, y cuidaba con esmero los nidos de los pájaros y al resto de los animales. Sólo hizo leña de los troncos y ramas secos, dejando intactos los verdes. Los vecinos y amigos elogiaban su laboriosidad y bondad. Al escuchar sus frases de halago la madre se sentía muy contenta, sin que le abandonara la pena de no poderlo casar debido a su situación de pobreza.

Un día de verano, como otro cualquiera, Pau se dirigió al monte a cortar leña. Cuando hacía un haz con ella, un ciervo corrió a su encuentro. De una de sus patas traseras goteaba la sangre. Se le acercó cojeando y le pidió jadeante: "Oiga, me persiguen los cazadores. Ocúlteme, por favor."

El noble muchacho desató el haz y escondió al animal en medio de la leña. Después, sentado en cuclillas, simuló atar otro.

Al poco rato, salieron del bosque unos hombres barbudos. Uno de ellos preguntó:

"Oye, jovencito, ¿no has visto pasar un venado por aquí?"

Pau sintió que su corazón latía con fuerza. A duras penas logró mostrarse sereno.

"Sí. Hace un momento vi que un ciervo iba cojeando hacia allá", contestó indicando con la mano hacia el profundo valle.

"Gracias."

Los cazadores se acomodaron la funda de flechas en las espaldas y corrieron en tropel hacia el lugar señalado por el joven.

Pau lanzó un suspiro de alivio y se secó el sudor de la frente. Se acercó cautelosamente a la gavilla de leña y la desató, diciendo:

"Ciervo, sal, ya no tienes nada que temer."

El animal, hecho un ovillo, con las patas delanteras unidas, estaba temblando de miedo.

"No temas. Los cazadores se han ido lejos."

El muchacho levantó al animal y lo puso sobre las hierbas. Rasgó su traje y le vendó con cuidado la herida de la pata. El animal lloró, conmovido por el noble gesto de Pau y le dijo:

"No olvidaré, ni después de muerto, el favor que usted me hizo al salvarme la vida. Pídame lo que usted desee. Trataré de ayudarlo."

Pau sintió cariño hacia el animal.

"¿Qué favor pudieras hacerme tú? No deseo nada. Anda, vete ya", dijo empujando suavemente al ciervo por el lomo.

Este, como si sintiera mucho despedirse, dio varias vueltas alrededor del muchacho, y al final dobló las patas delanteras en el suelo en señal de ruego para decir:

"Visitaré un día su casa para jugar con sus hijos."

Pau soltó una carcajada.

“Bueno, no me opongo a que vengas a mi casa. Pero, no tengo hijos a quienes puedas distraer”, argumentó que era soltero.

“¿Sí? —se asombró el animal—. Entonces puedo ayudarle.”

El ciervo se le acercó al muchacho y le susurró:

“Si sube un buen rato por este desfiladero, encontrará ocho lagunas entre las altas montañas. Todos los días 15 del calendario lunar, las hadas descienden a través del arco iris a esas lagunas para bañarse.”

Luego le recomendó que se situara allí y escondiera el vestido alado del hada que más le gustara.

“Entonces —continuó— no podrá subir al cielo, y usted se casará con ella. Y así tendrá esposa.”

Pau escuchó embelesado estas palabras como si estuviera soñando.

“Hay algo que usted debe tener muy presente: no devolverle el vestido alado hasta que no tenga cuatro hijos”, advirtió el ciervo más de una vez y luego desapareció, internándose en el bosque.

Pasaron los días y llegó el 15. Por la mañana Pau le explicó en detalles a su madre todo lo sucedido y se dirigió al lugar que le indicó el ciervo. En efecto, en un profundo valle se observaban,

de trecho en trecho, las ocho lagunas. Pau quedó fascinado por el maravilloso espectáculo que ofrecía la naturaleza. Salió del estupor al escuchar la dulce melodía de una flauta celestial. Sobresaltado, se escondió detrás de una roca y miró hacia el cielo.

Al compás del melódico sonido, se formó en el cielo un arco iris, cuyo extremo final se clavó en la laguna mayor. Poco después descendieron por el arco iris las ocho hadas, cuyos vestidos alados hacía flotar el viento. Una vez en el suelo, aspiraron el aire fresco y se rieron alegremente dejando ver sus blancos dientes. Se quitaron los vestidos alados, los colgaron en las ramas de los árboles y se lanzaron al agua. Disputaron a sus anchas, unas veces zambulléndose, otras nadando.

Pau miró esa escena boquiabierto. Un rato después cogió a hurtadillas el vestido alado del hada que más le gustó y lo escondió debajo de la camisa, tal y como le había aconsejado el ciervo. Transcurrió el tiempo y se volvió a escuchar la flauta celestial. Estaban llamando a las hadas.

Estas salieron de la laguna y se pusieron sus vestidos alados. Pero una de ellas, con muestras de viva inquietud comenzó a dar vueltas por la laguna.

“Unbyol, ¿qué te pasa?”, preguntó otra que parecía mayor que aquélla.

“Hermana, ha desaparecido mi vestido alado”, respondió con tristeza.

“¡¿Qué?!”

“¡¿Que tu vestido alado ha desaparecido?!”

Las hermanas se inquietaron y comenzaron a buscar por toda la orilla de la laguna, pero sus esfuerzos no dieron resultado.

En ese instante apareció en el cielo el arco iris, y subió de tono el sonido de la flauta.

“¡Qué contrariedad!”

“¿Qué vamos a hacer?”

Las hadas estaban muy angustiadas.

“Unbyol, te bajaré el farol de perlas. Busca con él tu vestido alado. Si lo encuentras, espera hasta el próximo día 15”, dijo la hermana mayor abrazándola.

“¡Ay de mí! Si ustedes suben al cielo, ¿cómo me quedaré aquí sola?”, se lamentó Unbyol, estremecida por los sollozos.

“¡Unbyol!”

“Espéranos hasta el próximo día 15.”

Las hadas subieron una detrás de otra por el arco iris.

“¡Hermanas!, ¡Hermanas!”, exclamó desesperadamente Unbyol y trató de seguirlas, pero no pudo alcanzar al arco iris.

Y muy descorazonada, comenzó a llorar.

Al presenciar esa escena Pau sintió una profunda pena, pues por su culpa Unbyol se veía separada de sus queridas hermanas.

Pero, como estaba prendado de la belleza de la joven, no quiso devolverle el vestido alado. “La cuidaré con la misma ternura que sus hermanas. Con el tiempo Unbyol me comprenderá”, pensó. Para no asustarla salió despacio del escondrijo donde se hallaba.

“¡Oye, muchacha!”, gritó.

El hada dio un brinco por el susto que le había causado esa voz humana, se volvió con presteza y miró con temor a Pau.

“No te asustes. Soy leñador, vivo en la aldea que se encuentra allá abajo”, dijo Pau tímidamente, sin mirada siquiera.

“Y, ¿a qué ha venido usted aquí,..?”, preguntó sin recobrar aún la tranquilidad.

“He venido por leña, pero al verla aquí sola en este lejano monte no pude pasar de largo”, mintió, pero su rostro se puso rojo como la grana, pues creyó que el hada había leído su pensamiento.

Haciendo un esfuerzo se le acercó:

“Oye, muchacha, va a anochecer. Vamos a mi casa. Vivo con mi anciana madre.”

Unbyol no tuvo otra alternativa que seguirle, pues de lo contrario debía quedarse sola en el espeso monte. Además las

suaves palabras del muchacho le inspiraron confianza.

Tras exhalar un leve suspiro siguió a Pau. Desde entonces comenzó a vivir al calor del cariño de éste y su madre. La especial atención que le dispensaban causó en ella una profunda emoción. "¿Acaso en la tierra existen otras personas tan virtuosas como éstas?", pensó. Y se sintió cada día más atraída por el joven.

Un día Pau tomó las manos de Unbyol y le dijo:

"Unbyol, yo fui quien escondió tu vestido alado. Vivamos junto a mi madre. Bajaré incluso una estrella del cielo si tú me lo pides."

Unbyol no pudo rechazar su petición. El amor que le habían brindado madre e hijo estaba prendido en lo más profundo de su corazón.

Ahora, la felicidad le hacía bajar la cabeza, sin poder contestar. De sus ojos brotaron las lágrimas que fueron a caer en el dorso de la mano de Pau.

Iniciaron una nueva vida, la conyugal. En sustitución de su suegra cargó el agua, preparó la comida y, de noche, tejió. Pau y su madre estaban muy contentos con ella. En diez años de matrimonio Unbyol tuvo tres preciosos varones.

El cariño de Pau y su madre por Unbyol creció con el paso de los días. Esta con sus tres hijos, sentía mucho apego a la vida familiar. Le pareció vacío el tiempo transcurrido en el cielo

de manera ociosa. Pero no le abandonó ni un solo momento la añoranza por el vestido alado.

Un día 15 por la noche Unbyol y Pau, sentados frente a frente en el patio, junto a la fogata encendida para espantar los mosquitos, hablaban acerca de la abundante cosecha. Sobre la cima del monte de enfrente, asomó la luna llena.

"Ah, sale la luna llena", exclamó Unbyol juntando las manos sobre el pecho.

El astro que asomaba lentamente, disipando la oscuridad, le produjo una gran emoción. Por su mente desfilaron las imágenes de la Vía Láctea que bordeaba el espeso lauredal, los rostros de sus queridas hermanas y los días en que con ellas paseaban sobre el monte Kumgang, tremolando el vestido alado.

"Pau, ¿dónde escondiste mi vestido alado?", preguntó tímidamente. En su rostro se reflejó la nostalgia por la pérdida de su vestido.

Pau interpretó el deseo de su esposa.

"¡Qué barbaridad! En todos estos años me olvidé de él. Si quieres, te lo mostraré", dijo contento.

Entró en el cuarto, sacó del fondo de un baúl el vestido alado y salió al patio.

"Aquí tienes tu vestido alado", dijo y lo puso en las manos de Unbyol faltando al consejo del ciervo.

“¡Oh, mi vestido alado!”, exclamó Unbyol con la alegría de una niña escondiendo el rostro en él.

“Mamá, póntelo”, dijo el mayor de sus hijos.

“Si lo haces, parecerás unos diez años más joven”, corroboró Pau.

Unbyol se lo puso, y, ¡zas!, su cuerpo empezó a flotar en el aire.

“¡Mamá!, ¡mamá!”, los tres hijos se prendieron al ruedo del vestido de su madre, quien de inmediato cargó al menor a la espalda y a los otros debajo de los brazos, y siguió su vuelo.

“¡Unbyol!”, llamó Pau desesperadamente extendiendo los brazos.

De la cocina salió corriendo la madre y se quedó estupefacta.

“¡Pau!, ¡Suegra!”, exclamó con angustia Unbyol desde el cielo.

“¡Unbyol!”, llamó repetidamente Pau hasta que su esposa se perdió de vista.

“¡Ay, qué desgracia! ¿Por qué no seguí el consejo del ciervo?”, se quejó golpeándose el pecho, pero esa recriminación ya era inútil.

Fueron días tristes. Cada vez que evocaba el alegre rostro de Unbyol de cuando lo esperaba a la puerta siempre que regresaba

del trabajo, y los de sus queridos hijos, Pau sentía una inmensa tristeza.

Un día, después de cortar leña en el monte, Pau, sentado sobre la hierba, pensaba en su esposa e hijos mirando el cielo con los ojos llorosos.

En ese preciso instante un ciervo salió del bosque y se le acercó. Resultó ser el mismo que Pau había salvado de la persecución de los cazadores.

"Ah, ¿eres tú?", exclamó Pau y le pasó la mano por el cuello.

También el animal se mostró alegre, meneando la cabeza.

El encuentro con el ciervo avivó más la nostalgia que Pau sentía por la ausencia de su esposa. Este no pudo contener los sollozos y le contó al animal lo que había acontecido, quien también lloró.

"Si no hubiera faltado a mi advertencia, no habría ocurrido esa desgracia", dijo con voz angustiada y se sumergió en una profunda meditación.

Un buen rato después levantó la cabeza y dijo:

"No se desanime. Existe una buena manera de encontrar a su esposa e hijos."

Seguidamente, explicó que desde hacía 10 años, o sea desde que Pau escondió el vestido alado de Unbyol, las hadas, en vez

de bajar a las lagunas, sacaban el agua para bañarse con un cigoñal de plata y que si utilizaba este medio podría subir al cielo.

"Mañana es día 15, fecha en que las hadas recogen el agua. Si hace tal como le he dicho, podrá subir al cielo", insinuó el ciervo y desapareció en el bosque.

En la madrugada del día siguiente Pau se dirigió a la laguna y se escondió. De repente, seguido de un estruendoso ruido, descendió un enorme cubo de plata atado por una cadena de hierro. ¡Cataplum!, el cubo cayó en el lago y emergió lleno de agua. En ese instante Pau saltó como un bólido, lo vació y montó en él. El cubo subió al cielo. "Mamá, traeré a mi esposa e hijos, cueste lo que cueste", juró Pau para sus adentros mirando hacia la aldea Okryudong.

Mientras tanto Unbyol había tenido un emocionante encuentro con sus queridas hermanas a quienes hacía 10 años que no veía. Lloraron de alegría. Pero Unbyol se sentía feliz y triste, a la vez. Le pareció absurdo su regreso al cielo, pues no era esa su intención. Al pensar en su esposo y suegra, una gran pena la invadió. Quiso volver al monte Kumgang, pero sus hermanas se lo impidieron, tirando de su vestido alado:

"¿Deseas regresar?"

"¿Sabes cuánta tristeza nos causó tu ausencia?"

La reprendieron, pero también la consolaron con ternura. Sin embargo, no se disipó la pena de Unbyol. “Pau, discúlpame. ¿Qué debo hacer, suegra?”, se preguntó entre lágrimas durante días y días.

Un día 15 Unbyol, sentada junto con sus hijos a la sombra de un laurel, pensaba en su esposo y suegra mientras de sus ojos brotaban las lágrimas, cuando escuchó la voz de su hermana mayor, que la llamaba jadeante:

“Unbyol, mira quién ha venido.”

La muchacha volvió la cabeza, y de sus labios escapó un leve grito; se quedó petrificada al reconocer a su esposo en aquella persona que se le acercaba con pasos raudos.

“¡Papá!”, gritaron los niños corriendo a su encuentro y colgándose de las mangas de su camisa.

Después de acariciar a sus hijos Pau se dirigió a su esposa.

“Unbyol, querida, ¿cómo estás?”

“¿Estoy soñando o despierta?”

“Es la pura realidad.”

Pau le contó cómo pudo llegar hasta ella.

“¡Pau!”

“¡Unbyol!”

Pau y Unbyol, muy dichosos, se cogieron con fuerza de las manos.

Al ver ese emotivo espectáculo las hadas comenzaron a llorar.

“Unbyol, bajemos a la aldea Okryudong”, propuso Pau.

“Sí, regresemos”, contestó Unbyol y manifestó su decisión a sus hermanas, quienes asintieron con un movimiento afirmativo de la cabeza.

Unbyol, Pau y sus hijos se montaron en un caballo alado que les ofrecieron las hadas, se despidieron de ellas y descendieron al monte Kumgang. Unbyol lanzó su vestido alado al lago, y como una mujer inteligente y digna, como una esposa fiel y laboriosa, vivió feliz durante muchos años en la aldea Okryudong.

La roca espejo

En el valle Paekchon, el cual se halla en el Kumgang Interior, existe una roca de 90 metros de altura y 30 de ancho, tan plana como un espejo. Se trata del famoso peñasco Myonggyong. Acerca de él se cuentan desde la antigüedad muchas leyendas interesantes.

He aquí una de ellas.

Un día un hombre llamado Pongdok emprendió un viaje al monte Kumgang con suficiente dinero que había guardado de antemano. Tras varios días de caminata llegó a una posada desde donde se divisaba el Kumgang. Cenó y luego se acostó. En el cuarto contiguo estaban hospedados otros viajeros. Poco después un bonzo entró en la habitación para hacerle compañía.

Por la madrugada se escuchó un ruido en el cuarto contiguo, y un hombre con sombrero irrumpió en el cuarto donde dormía Pongdok.

"Ladrón, tú has robado el dinero de mi señor, ¿no? Devuélvemelo", gritó y sin más ni más trató de quitarle su envoltorio.

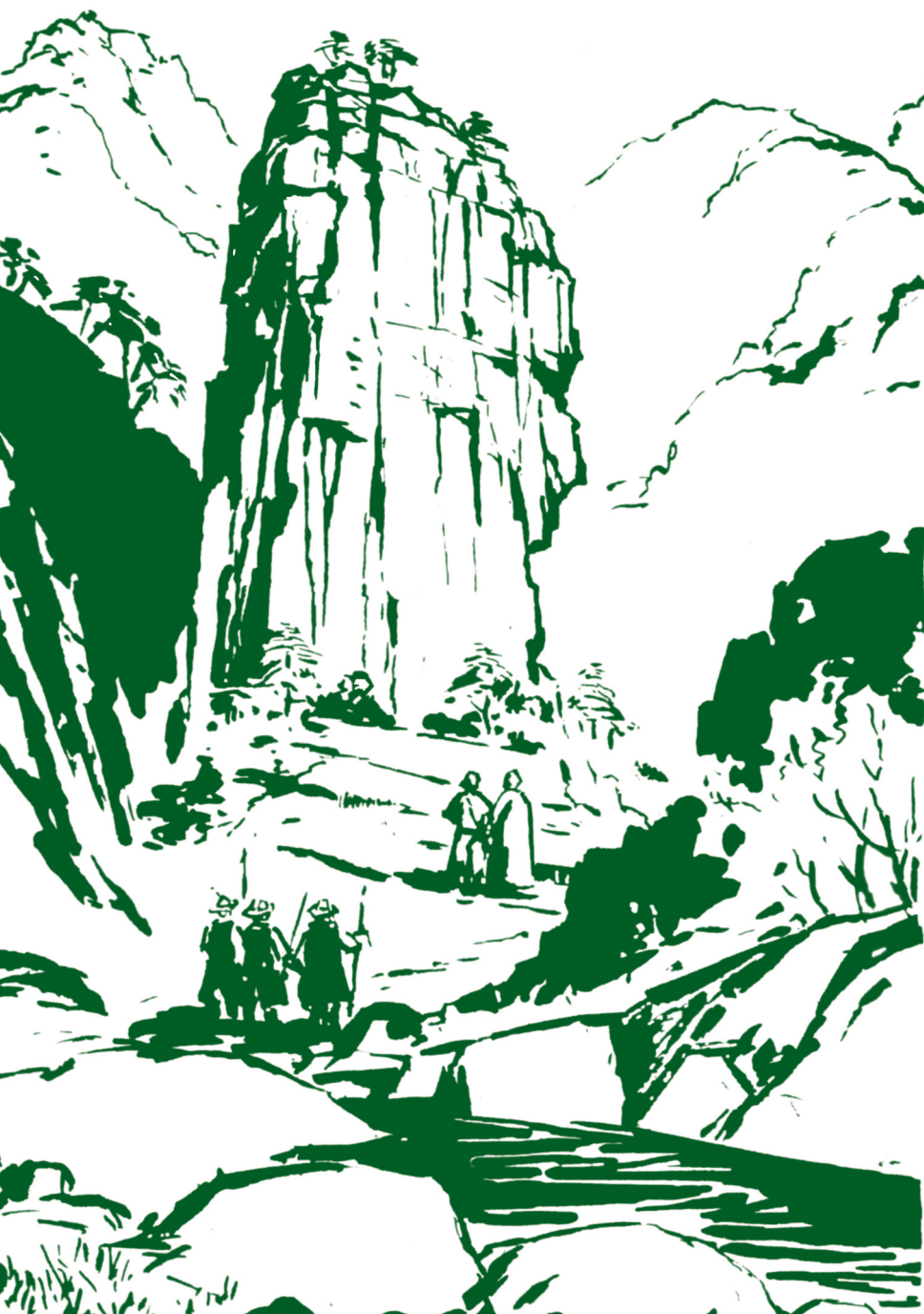
"No, nunca he robado", protestó Pongdok asiéndolo fuertemente.

"¡Sinvergüenza!, deja de chistar. Aquí se han alojado tú y este bonzo. Si no fuiste tú, dime, ¿tengo que sospechar de este venerable hombre? Entrégame tu paquete", lo intimidó el desconocido.

Pongdok consideró que era inútil tratar de justificarse sólo con palabras y desató su bulto. Y para su sorpresa, dentro estaba el dinero perdido. Al verlo el hombre le volvió a decir sinvergüenza a Pongdok, lo golpeó y amarró con una soga.

Pongdok se quedó alelado ante lo absurdo de lo acontecido. Buscó al bonzo para que le sirviera de testigo, pero no se encontraba en la habitación. Nadie sabía cuándo y adonde se había ido.

El hombre con sombrero tiró de Pongdok para llevarlo al ayuntamiento. Este se sintió muy ofendido. "¿Quién habrá



tramado esta vil artimaña? Si lo descubriera...", apretó los dientes de indignación. Le entristecía la idea de que estando tan cerca del monte Kumgang que tanto deseaba conocer, tuviese que regresar. En el camino suplicó al noble que le permitiera visitarlo al menos una vez. Este, tras pensar un rato, consintió no por misericordia, sino para demostrar la culpabilidad del hombre a través de la roca espejo. Ordenó a su escolta que llevara a Pongdok al monte Kumgang. Mientras recorría el lugar Pongdok estaba tan impresionado ante la belleza de sus paisajes, que se olvidó de que debía ir al ayuntamiento tal vez para ser sentenciado. Alabó varias veces el hermoso panorama. Se sintió alegre al observar los maravillosos peñascos y arroyos y las bellas flores que despedían una exquisita fragancia.

Llevaron a Pongdok al valle Paekchon donde estaba la roca espejo. Este se quedó boquiabierto. Ante sus ojos tenía una roca tan lisa como un espejo. Se acercó y quedó desconcertado, porque desde la roca, un hombre lo observaba de pie. "¿Será posible grabar la imagen de una persona dentro de una roca?", pensó extrañado. Parpadeó y el hombre también lo hizo. Disgustado por la burla, Pongdok frunció el entrecejo. El otro lo volvió a imitar. Más intrigado aún, se aproximó y se frotó los ojos para ver mejor. En el acto se asustó y dio un paso atrás:

la figura que se reflejaba en la roca era la de él. "¿Existirá en alguna otra parte del mundo una roca tan rara como ésta?", se preguntó maravillado y se miró en ella una y otra vez.

Al ver su actitud, los escoltas comprendieron que él era inocente y decidieron informar de ello al noble.

En ese preciso momento llegó un bonzo. Era el mismo que había pasado la noche anterior junto a Pongdok.

"Oiga, señor bonzo", le dijo Pongdok con alegría.

Pensó que él podría ayudarlo a salir de la delicada situación en que se encontraba.

"Oiga, señor bonzo", insistió yendo a su encuentro.

Pero aquél se hizo el desentendido y exclamó indicando la roca:

"¡Qué barbaridad!"

"En ella puede uno verse como en un espejo", explicó Pongdok.

"¿Verdad?", preguntó incrédulo el bonzo y se aproximó a la roca.

La miró frotándose los ojos. Pero, ¡qué extraño!, su figura no se reflejaba en ella ni siquiera la más leve sombra.

“¡Bah!, no se ve nada. Usted es un embustero. ¿Por qué se burla de mí?”, se quedó enfadado.

Al verlo los escoltas del noble se levantaron como movidos por un resorte y se acercaron a la roca. En efecto, descubrieron que el bonzo no se reflejaba en ella. Miraron a Pongdok y al bonzo, alternativamente, y uno de ellos sacó una soga. Pongdok entristeció al pensar que iban a atarlo porque había concluido el recorrido por el monte Kumgang. Pero, para su asombro, amarraron al bonzo.

“¡Canallas! ¡Qué irrespetuosos!”, bramó el bonzo pataleando.

Uno de los escoltas le dio una bofetada, exclamando:

“Bribón, ¿creíste que ésta era una roca común? Se trata de la roca espejo que distingue lo bueno de lo malo. Refleja la imagen de las personas honestas como Pongdok, pero ni la sombra de los perversos como tú.”

Y le dio otra bofetada.

“Perdónenme, perdónenme...”, balbuceó el bonzo y agachó la cabeza.

Este resultó ser un empedernido ladrón disfrazado de bonzo. Había seguido la pista de la comitiva del referido noble de Seúl y escondió en el envoltorio de Pongdok el dinero que se robó en la posada. Cuando se disponía a fugarse con el bulto, se

escucharon pasos y desapareció del lugar.

Pongdok recuperó sus cosas, recorrió cuanto quiso el monte Kumgang y regresó a su aldea.

Luego todos los hombres honestos y sencillos fueron a conocer aquella famosa roca y disfrutaron viendo reflejada su imagen en ella, cual si fuese un espejo, pero los ricos y malvados, aunque visitaran el Kumgang, no se atrevieron a acercarse a ella por temor a que revelara sus injusticias.

La flor Talkot

Desde la antigüedad nuestros antepasados valoran como una de las más preciadas virtudes las relaciones de buena vecindad y no vacilaron en sacrificarse por el bien de otros.

De la terraza Chonson, situada en el peñascal de las Mil Figuras del monte Kumgang se cuenta una leyenda acerca de una muchachita nombrada Chaksil que consagró su vida para salvar a los coterráneos enfermos.

En tiempos inmemoriales, en una aldea lejana del monte Kumgang vivían los arrendatarios pobres.

Durante una primavera, estos, que se sustentaban con hierbas y cortezas de árboles, comenzaron a enfermarse, uno tras otro, a consecuencia de la desnutrición.

Los que se mantenían con buena salud fueron a ver al terrateniente y en varias ocasiones le suplicaron que les hiciera un préstamo de cereales. Pero el malvado rico se lo denegó aunque en su almacén había granos en abundancia. Esto provocó en ellos una gran indignación.

Por esa época corría el rumor de que en el peñascal de las Mil Figuras del monte Kumgang existía un lugar adonde bajaban las hadas para bañarse y distraerse, y que si alguien iba allí y obtenía de ellas una flor milagrosa denominada *Talkot* que crecía en la Luna, podía curar de inmediato a los enfermos ya que su fragancia tenía un efecto especial.

Los aldeanos se reunieron con el fin de seleccionar a una persona capaz de emprender tan importante viaje.

Para resistir los rigores de tan difícil y largo viaje hasta el monte Kumgang se requería, ante todo, la fortaleza de un hombre. Pero ya todos habían enfermado y guardaban cama.

"Ahora, no nos queda otra salida que esperar la muerte", dijeron los aldeanos, entristecidos, al perder su última esperanza, y pasaron los días, llorando su triste destino.

Un día, una adolescente, casi una niña, se presentó ante el anciano de mayor edad de la aldea. Se trataba de Chaksil, hija de la casa Tokmak, que era muy conocida por su diligencia y bondad.

"Abuelo, yo iré al monte Kumgang", dijo.

“¿Tú? —preguntó sorprendido el anciano—. Comprendo tu deseo. Pero, eres muy débil. ¿Cómo vas a realizar un viaje tan largo y difícil?”

“Sí, no soy fuerte. Pero estoy decidida. Déjeme ir a mí, por favor”, suplicó poniéndose de rodillas.

“Yo te comprendo. Pero se trata de algo relacionado con el destino de toda la aldea. Es demasiado para ti, que eres aún una adolescente”, argumentó el anciano.

“Por muy largo y escabroso que sea el camino llegaré si empleo todas mis fuerzas y voluntad”, insistió ella.

Su decisión era tan firme como irrevocable.

“Por muy lejano que esté el monte Kumgang, estará sobre tierra. Con tu determinación podrás alcanzar hasta las estrellas del cielo si te lo propones”, expresó contento el anciano alisándose la barba y la miró con cariño.

A la mañana siguiente, Chaksil emprendió su viaje llevándose algunos tok (alimento hecho con una masa de arroz macerado) que los vecinos prepararon para ella echándole dentro una mezcla de las hojas del llantén.

Al tercer día por la mañana llegó a la aldea Onjong. Aunque se sentía extenuada, continuó su viaje sin descansar; atravesó la ermita Ryukhwa y subió poco a poco por una abrupta pendiente con destino a la terraza Chonson. A la entrada del peñascal de

las Mil Figuras sus ojos se encontraron con la belleza de los múltiples paisajes tales como los del pabellón Mansan, los peñascos Tres Hadas, la roca Rostro de Diablo y la de Siete Gradas, pero no se dejó atrapar por tanta hermosura. Su único deseo era llegar cuanto antes adonde estaban las hadas y conseguir de ellas la flor *Talkot*.

Por fin, llegó a su destino. Vencida por el cansancio, se sentó junto a una roca. Enseguida se quedó dormida.

Chaksil no sabía el tiempo que había transcurrido, pero percibió como en un sueño el hermoso tañido del *pipha* (un instrumento musical tradicional de cuerda) y abrió los ojos. La melodía provenía del cielo. Se levantó llena de gozo, cuando vio descender a las hadas por el maravilloso y fantástico arco iris. (Si se la pido, ellas podrían entregarme la flor *Talkot*), pensó. Sintió que su corazón latía con más rapidez.

Las hadas descendieron en un barranco. Se asustaron al ver a Chaksil, pues por primera vez tenían ante sí a un ser humano, a pesar de que frecuentaban este lugar desde hacía muchos años. Poco después, una de ellas se le acercó con cautela y le preguntó con voz tierna:

"¿Dónde vives y a qué has venido?"

Chaksil le explicó entre sollozos el motivo de su presencia allí.

Al conocer la trágica situación de los aldeanos, las hadas exhalaron un suspiro y le dijeron con los ojos humedecidos:

"Tu humanidad merece de veras el reconocimiento del Cielo."

"No te preocupes. Cumpliremos con tu deseo."

Y la llevaron a la Laguna de Aseo y, con sus azules y cristalinas aguas le lavaron la cara, y en el acto se tomó tan bella como las hadas. Pero ella no se percató de ello.

Una de las hadas subió al cielo por el arco iris y pronto regresó. Vistió de gala a Chaksil y sacó de su pecho una flor tan blanca como la nieve.

"Esta es la flor *Talkot*. Tómala, por favor", diciendo esto, la puso en sus manos.

"¡Oh, *Talkot*!", exclamó Chaksil y la besó.

"Oye, Chaksil. Ella florece una vez cada cien años. Por eso también en la Luna es considerada como un tesoro. Te la prestamos, conmovidas por tu actitud. Marcha rápido a tu aldea y salva a sus habitantes. Cuando todos se hayan curado pondremos el arco iris sobre el pozo Ongdal de tu aldea. Entonces, arroja la flor a él."

"Entendido. Muchas gracias."

Después de reiterarles su agradecimiento, Chaksil se dirigió con rapidez hacia su aldea. Parecía tener alas.

Durante su ausencia la situación de los aldeanos se había tornado más grave. Ninguno conservaba el conocimiento.

Chaksil fue primero a la casa del anciano y luego a otras para que los enfermos aspiraran la fragancia de la flor *Talkot*. Cuando lo hacía, por último, a su madre, llegaron los aldeanos repuestos al patio de su casa.

"Miren, es un hada."

"Es cierto que ha bajado del cielo para salvarnos."

Todos murmuraron mirando a Chaksil. Tampoco su madre la reconoció.

"No sé cómo recompensar su bondad para con nosotros", dijo ésta de rodillas, haciendo una profunda reverencia.

También otros se arrodillaron ante la muchachita.

Chaksil permaneció desconcertada por un rato. Pero de inmediato recordó que una de las hadas le había lavado el rostro con el agua de la laguna. Tomó un pedazo de espejo que se hallaba en un rincón del cuarto y se miró en él.

"¡Cielos!", exclamó sorprendida, al comprobar el cambio operado en su fisonomía. Levantó con sus brazos a la madre y a otros vecinos que permanecían de rodillas, diciéndoles:

"Levántense, por favor. Soy Chaksil."

"¡¿Qué?! ¡¿Chaksil?!", se preguntaron todos dudando de lo que oían.

Chaksil les contó los pormenores de lo ocurrido en la terraza Chonson. Sólo entonces los aldeanos la abrazaron y lloraron de alegría.

"¡Bravo!, ¡Bravo! Tu buen corazón ha conmovido hasta el Cielo", dijo emocionado el anciano de mayor edad dándole palmadas en la espalda.

Los aldeanos conversaron en la casa de Chaksil hasta muy avanzada la noche.

A la mañana siguiente se presentó en el hogar de la jovencita el terrateniente, con los ojos desorbitados por la furia.

"Maldita, dame ahora mismo la flor *Talkot*", gritó.

Chaksil sintió que el corazón se le salía del pecho. Para evitar que le arrebatara el tesoro de la Luna, lo sacó del cofre donde lo guardaba y corrió por la puerta del fondo.

El malvado terrateniente la persiguió agitando el bastón. Chaksil huyó. Estaba a punto de ser alcanzada por el terrateniente cuando al fin llegó al pozo Ongdal. Al instante apareció en el cielo el arco iris. Tal como le había aconsejado el hada, Chaksil arrojó con todas sus fuerzas la flor, que se elevó al cielo.

El rostro del terrateniente cambió de color. Su desesperación fue tan grande que cayó de espaldas junto al pozo. La furia lo hizo guardar cama. Su estado iba de mal en peor. (Si tuviera la flor *Talkot*, me convertiría de inmediato en un poderoso rico),

pensaba. Un día mandó a su única hija Kuknyo, a buscar la flor *Talkot*. Ella partió sonriente con destino al monte Kumgang. Algunos días después llegó a la terraza Chonson y encontró, no sin dificultad, la Laguna de Aseo. Su alegría fue inmensa. Impulsada por el deseo de transformarse cuanto antes en una hermosa joven, se lavó la cara con el agua y se miró en la laguna.

"¡Ay de mí!", dijo lanzando un lastimero grito y frotándose el rostro con las manos.

Su cara estaba llena de viruelas. Se dejó caer desesperada. En ese preciso momento del cielo comenzaron a caer arenas calientes. Kuknyo, gritando, corrió en dirección a su casa. Al verla tan desfigurada, el terrateniente murió de cólera.

Desde entonces, cada otoño, los aldeanos preparan golosinas con los granos cosechados y van a disfrutar de las bellezas de la terraza Chonson, situada en el monte Kumgang, donde las hadas entregaron a Chaksil la flor *Talkot*.

Loma Fidelidad

En tiempos remotos, en una aldea cercana al monte Kumgang junto con su madre enferma vivía en la pobreza un muchacho llamado Tori. Para salvarla el joven iba de un lugar a otro pidiendo limosnas, pero siempre el hambre los perseguía como si fuera su sombra.

Un día Tori le dijo a su madre:

"Mamá, trabajaré como criado en la casa de un *ryangban* (noble) que vive al otro lado de la loma, para que podamos comer."

"No, no puedo permitírtelo aunque me muera de hambre", le respondió la madre.

Tori trató de persuadirla explicándole más de una vez que no tenían a nadie que les diera de comer, ni tierra para labrar y aun cuando la consiguieran y cultivaran, apenas daría para alimentarse con gacha, y que por ello era mejor convertirse en criado. La madre aceptó llorando.

Al día siguiente Tori acordó con el *ryangban* servirle durante tres años y se quedó en su casa.

La primera noche, cuando le sirvieron la cena, fingió tomar su ración, un tazón de arroz cocido, y se dirigió a su casa llevándosela después de explicar la razón al anciano que era también un sirviente. Para llegar con la comida caliente adonde estaba su madre la envolvió con el faldón de su chaqueta y corrió por un atajo, abriéndose paso por entre los arbustos. Cuando entró en el cuarto todavía la comida conservaba el calor. Su madre, que no probaba bocado desde hacía varios días, comió con avidez y dijo que le volvían las fuerzas. Tori se puso muy contento, se dirigió a la cocina, encendió el fuego y regresó tan rápido que le temblaban los pies. Cuando llegó al portón escuchó los gritos del amo que recriminaba al anciano:

"Ese desalmado se marchó después de comerse un tazón de arroz. ¿Por qué estás con los brazos cruzados? Búscalo ahora mismo."

Tori temió. Sabía que le esperaba un duro castigo. Quiso volver a su casa. Pero recordó el pálido rostro de su madre enferma que pasaba hambre y el del anciano reprendido porque él no estaba en la casa del *ryangban*. Con firme determinación entró en el patio.

El amo se abalanzó sobre él, lo agarró por la nuca y lo puso de rodillas delante de la terraza. Le dio una paliza y ordenó que se mantuviera arrodillado hasta el amanecer.

Al poco tiempo sintió cómo se le entumecían las piernas y perdía el conocimiento a causa del hambre. Le era difícil resistir tanta humillación. Pero apretó con fuerza los labios pensando que debía soportar cualquier dolor y ultraje para llevarle la comida a su madre aunque fuera una vez al día.

Durante tres años sucesivos, Tori llevó cada noche a escondidas, lloviese o nevase, la comida a su madre.

Como dice un refrán: "El amor hace florecer incluso hasta las rocas", la madre se repuso totalmente gracias a sus esfuerzos.

Un día, impulsada por la curiosidad de conocer el camino que su hijo utilizaba cada día para llevarle los alimentos, soportando el cansancio y el hambre después de terminar la jornada en la casa del *ryangban*, se internó en el monte. Encontró un sendero abierto por entre los matorrales, siguiendo las huellas que las sandalias de paja de su hijo habían dejado en la tierra. (¿Cómo mi hijo habrá podido transitar a altas horas de la noche por un sendero como éste?). Al pensar en esto sintió una profunda tristeza.

Cuando llegó a la cima, vio venir a su encuentro a un muchacho de cabello corto. Era su hijo Tori, que volvía a casa después de servir como criado en la casa del *ryangban*.

"¡Hijo!", exclamó con voz quebrada; corrió hacia él y lo

abrazó con fuerza. Sollozó emocionada sin poder pronunciar una palabra.

También Tori lloró de alegría al ver que su madre había logrado subir hasta la loma sin que nadie la ayudara.

Los que pasaban por allí, al presenciar esta escena, se sintieron emocionados y elogiaron el amor de Tori hacia su madre. Más tarde la gente denominó “Fidelidad”, a la loma donde Tori abrió un nuevo sendero.

También hoy, los hombres que transitan por ella hablan con emoción de la fidelidad del joven.

Falda de seda con dibujos del monte Kumgang

En una aldea cercana al monte Kumgang vivía un niño muy aficionado a la pintura. Se llamaba Hwadong.

Cuando iba a buscar leña al monte, antes de empezar su faena dibujaba en el suelo con una ramita las rocas y los árboles. En el camino de regreso, humedecía el dedo en las aguas de un riachuelo y con él trazaba sobre las rocas las figuras de los peces y las flores.

Un día vino a su casa una vecina con una falda de seda blanca y dijo:

"Vecina, esta falda enviaron los consuegros a mi hija mayor como regalo", dijo contenta y la desplegó en el piso.

"A ver."

Como la madre de Hwadong no veía muy bien, la tomó y la

acercó a la ventana. Pero, sin darse cuenta, viró la lámpara de aceite que estaba cerca. La saya se manchó de aceite.

"¡Caramba!", dijo sosteniéndola en las manos, sin saber qué hacer.

La vecina se puso triste. Al presenciar esta escena Hwadong se sintió afligido como si él hubiese sido el culpable. Tomó la saya, observó con atención las manchas y sonrió.

"No se preocupe. Limpiaré las manchas de la falda", expresó a la vecina y le dijo que marchara a su casa.

"¿Con qué vas a quitar las manchas de aceite?", le preguntó la madre con un leve suspiro.

"Mamá, no te preocupes", contestó Hwadong, sonriendo.

Subió de inmediato al monte que quedaba detrás de la casa llevando consigo la falda y colorantes, se sentó en una roca plana, observó los picos y valles y empezó a trazar diversas líneas sobre la saya. En breve dibujó los doce mil picos del monte Kumgang. La creación era tan real que parecía escucharse hasta el rumor de los arroyos.

Al día siguiente Hwadong fue a ver a la vecina.

"Tía, tome."

Al coger la falda, ella le preguntó:

"¿Dónde conseguiste ésta?"

"Es la misma que usted llevó a nuestra casa."

“¡¿Qué?!”, preguntó incrédula la vecina, mirando a Hwadong.

“Tía, como no iba a ser fácil quitarle las manchas, pinté las montañas y los valles en la falda.”

“¿Sí?”

La vecina, asombrada, la observó una vez más.

“Eres un talentoso pintor”, le dijo.

“La saya quedó tan bella no porque yo sea un buen pintor, sino porque trasladé a la tela la hermosura del monte Kumgang tal como es”, aclaró Hwadong con modestia.

“En el mundo no habrá otra igual a ésta. Ni siquiera las princesas habrán tenido una falda tan preciosa”, señaló ella emocionada.

“Su satisfacción me alegra, tía”, dijo Hwadong y sonrió.

La noticia se propagó en un santiamén por las aldeas lejanas. Ancianas y jóvenes le llevaron a Hwadong sus blancas faldas. Este pintó en ellas hermosas azaleas y peonías del valle Okryu y las hojas de color rojo del valle Manphok en otoño. Desde entonces las mujeres del Kumgang se ponen sayas estampadas con dibujos del hermoso monte.

Cuesta Veinte Años

Un día, dos hermanos (una hembra y un varón), con bultos a las espaldas y sobre la cabeza, se internaron en un profundo valle del pico Piro.

Eran huérfanos y andaban en busca de alimentos.

Mientras descansaban sentados sobre una roca, vieron llegar a un anciano, quien les preguntó con voz semejante al eco.

"¿De dónde vienen, chicos?"

Los hermanos le explicaron el motivo por el cual se encontraban allí.

Después de escucharlos, el anciano les dijo con frialdad:

“Este sitio es mi casa. Aunque es un lugar montañoso no deben internarse demasiado en él. ¡Salgan de inmediato de aquí!”

Luego, sin mirar atrás, caminó cuesta arriba con pasos lentos.

Los muchachos se rieron por lo absurdas que les parecieron sus palabras. No podían creer que una montaña tan extensa, con valles tan profundos, fuera un lugar exclusivo para un morador solitario.

Por eso, sin hacer caso de las palabras del anciano, dejaron en el suelo sus bultos, construyeron una cómoda cabaña en una ladera soleada y se quedaron definitivamente allí.

Un día, la muchachita que era menor que su hermano mientras lavaba las hierbas en el arroyo lo llamó en voz alta a él, que en ese momento se hallaba en el patio reparando el *jige* (una especie de portacargas).

“Hermano, una flor extraña.”

El muchacho se acercó a ella. Entre la multitud de flores descubrió una de color rojo, que hasta entonces no había visto nunca. Su aroma era agradable.

Cavó la tierra que rodeaba a la planta. Y descubrió una raíz amarillenta como la de la campánula.

“Ah, ¡qué delicioso quedará un plato hecho con esta raíz!”

La hermana dio hasta una palmada,-pero de repente sus ojos se agrandaron.

“¡Mira, hay sangre!”

El hermano observó con atención la raíz. De un corte causado por él brotaba un líquido rojo. Aquello le pareció muy extraño.

Cuando ambos, moviendo la cabeza con incredulidad, miraban en silencio la raíz, escucharon pisadas. Se acercaba furioso el anciano con el que se habían encontrado a su llegada.

“¿Por qué tocan algo que es preciado para mí?”

“¡¿Qué?! ¿Esta raíz también es suya?”, preguntaron incrédulos.

“¿Saben qué raíz es? ¡Es un tesoro a cuyo cultivo he dedicado toda mi vida!”

El abuelo los fulminó con la mirada.

Sólo entonces los hermanos se percataron de que no era una raíz común. Recordaron las palabras que el anciano les había dicho exigiéndoles alejarse de inmediato del lugar. Les pareció que esas palabras tenían relación con la raíz.

“Desde la antigüedad se dice que cuando la raíz sangra no se puede salvar. Entonces, ¿qué van a hacer ahora?”, les preguntó con seriedad el anciano.

Los hermanos no encontraron otra salida que pedirle excusas.

"Durante 20 años a partir de hoy, deberán traer todos los días un jarrón de agua limpia, que pueden encontrar más allá de esa cuesta que no es muy alta, para regar esta raíz. Entonces podrá revivir."

Al decir esto, el anciano echó a caminar valle arriba.

Desde aquel día, los hermanos cumplieron la orden, abriéndose paso por entre las tupidas zarzas, sin descansar un momento, lloviera o nevara.

Se cumplieron los 20 años. Una mañana cuando regaban la raíz por última vez, ocurrió algo asombroso: el tallo marchito empezó a revivir, echó hojas verdes y hermosas flores rojas.

"¡Cielos!", exclamaron los hermanos llenos de gozo.

En ese momento se les acercó el abuelo.

También su rostro brillaba de alegría.

"¡Al fin la planta se ha salvado gracias a los esfuerzos de ustedes! —dijo él mirándolos con cariño—. Ella recibe el nombre de *insam* silvestre. Con el objetivo de obtener esta valiosa planta medicinal he vivido aquí en el monte Kumgang. Estoy muy contento porque ustedes me ayudaron a salvarla. A partir de hoy les pertenece. En el otoño recojan con cuidado sus semillas y espárzanlas en el valle del pico Piro."

Después de decir esto en sus labios se dibujó una sonrisa de satisfacción y expiró silenciosamente en brazos de los hermanos.

Así pues, el *insam* silvestre se propagó según su deseo por todos los valles del monte Kumgang.

El lugar por donde los hermanos transitaron durante 20 años para llevar el agua con la que regaban la raíz recibe el nombre, no sé desde cuándo, de cuesta *Isipnyon* o sea cuesta Veinte Años.

El abuelo del valle Manryang

En una aldea del monte Kumgang vivía un anciano, quien toda su vida fue siervo en la casa de un terrateniente, pero hacía poco que había regresado a su aldea natal, expulsado por su amo por estar viejo y enfermo.

Toda su riqueza se reducía a una cachimba larga que llevaba siempre en el cinturón y a una bolsa con picadura de tabaco.

Un día, buscando algo de comer se internó en una cañada, más allá de la cascada Kwanum, con el objetivo de recolectar raíces de plantas comestibles.

La cañada era profunda, cubierta por un tupido bosque.

Cuanto más subía tanto más difícil se le hacía respirar a causa de los años y lo extenuado que estaba.

Se sentó a descansar a la sombra de un viejo castaño. La sed le quemaba la garganta. Con el deseo de beber agua se levantó y caminó hacia un arroyo cercano arrastrando sus pesados pies. Faltó poco para que cayera de bruces al tropezar con algo. De la tierra asomaba la parte superior de la raíz de una planta.

Pensando que podía ser la de la campánula removió la tierra que la rodeaba. Pero mientras más ahondaba más gruesa se veía la raíz.

Tenía el tamaño de un nabo grande. Después de beber agua del arroyo el anciano reanudó la excavación.

Por fin, logró arrancarla. La tomó con sus dos manos y la observó extrañado.

En ese instante salieron del bosque varios hombres que andaban en busca de plantas medicinales. Al ver la raíz, se quedaron boquiabiertos.

"¡Qué grande! ¿Dónde la ha descubierto?"

"Por primera vez veo una de este tamaño."

Los recién llegados manifestaron su asombro.

Sólo entonces el abuelo se dio cuenta de que había recogido no una raíz cualquiera sino el *insam* silvestre. Pero no podía creerlo de inmediato. Aunque por la forma se parecía a

éste, su tamaño era increíblemente superior.

Al día siguiente, al conocer la noticia muchas personas fueron a visitarlo a su casa. Todas quedaron asombradas y expresaron su interés por la raíz. Algunas le dijeron que si la entregaba al gobierno recibiría una buena recompensación.

Pero estas visitas que en principio eran por curiosidad se convirtieron pronto en visitas de negocio.

Desde antaño, las plantas medicinales del monte Kumgang se vendían caro por ser muy eficientes. Y si a la raíz citada se le ponía precio por lo que pesaba sobrepasaba los 10 mil *ryang* (centavo en la antigua moneda coreana).

Un rico que había ido de paseo al monte Kumgang la compró en 10 mil *ryang*.

Los visitantes le aconsejaron al anciano que adquiriera con ese dinero tierras y animales y atendiera su enfermedad. Siguiendo este consejo, compró un pedazo de tierra y una pequeña huerta frutal. En ella cultivó melones y otras frutas. También construyó un pabellón junto al camino que conducía al peñascal de las Mil Figuras y un quiosco delante de ese recinto.

Permanecía todo el día en el pabellón, invitaba a todos los visitantes que venían de excursión al monte Kumgang, ya fueran hombres o mujeres, niños o viejos, y les contaba interesantes leyendas relacionadas con cada uno de los 12 mil picos. Después

les regalaba melones y otras frutas cultivadas por él.

Al principio circuló el rumor de que era una persona extraña, mas pronto se le echaba de menos si no lo encontraban en el pabellón.

A pesar de tener dinero, vestía siempre con un rústico traje de algodón y se alimentaba de lo que conseguía.

Un día, un anciano de la aldea vecina lo visitó y le preguntó por qué trabajaba siempre para los demás sin alimentarse y cuidarse bien en los últimos años de su vida, si había obtenido 10 mil *ryang*.

Entonces, el anciano soltó una carcajada y después le dijo en voz baja:

"Desde niño hasta peinar canas fui siervo en la casa de un terrateniente. Me apenaba concluir mi vida sin haber hecho algo beneficioso para los demás. Mas, gracias al *insam* silvestre hoy soy objeto de un trato humano. Esto es más valioso para mí que los 10 mil *ryang*."

Más tarde, todos hablaban con emoción de ese honesto anciano y con el transcurso del tiempo el valle donde él vivía comenzó a llamarse *Manryang* (10 mil *ryang*).

La colina Miramar

En tiempos remotos, en una aldea cercana a la ermita Ryukhwa vivía un joven de apellido Jo, junto con su hermana menor, Maehyang.

En la primavera araban la tierra, y después esparcían semillas; y en la casa hilaban y tejían algodón. Su vida transcurría feliz.

Una primavera, Maehyang se enfermó inesperadamente con fiebre y se pasó varios días en cama sin probar alimento.

Jo hizo todo lo posible para curarla.

Preparó deliciosos platos con las raíces de la campánula blanca, hojas de pimpinela y yemas de aralia que crecían en el valle Okryu, pero Maehyang no tenía apetito.

Un día ella le dijo a su hermano que deseaba comer *samchi* (una especie de caballa).

Jo se dirigió de inmediato a Jangjon, conocido puerto del Mar Este. Allí encontró a los pescadores, les explicó el estado de su hermana y les pidió que le consiguieran *samchi*.

"El *samchi* es un pez muy bueno para estimular el apetito, pero, sólo se captura en el mes de junio."

Los pescadores manifestaron su preocupación considerando el asunto de Jo como lo suyo propio.

Como era mayo, faltaba todavía un mes para la corrida del *samchi*. Pero Jo decidió conseguirlo aunque para ello requiriera en vez de un mes un año.

A partir de ese día aprendió de los pescadores a remar y a preparar las carnadas y los anzuelos.

Entre tanto transcurrió un mes.

Jo salió al mar en un bote que le prestaron los pescadores. Al poco rato sintió un chapoteo en la borda. Miró hacia abajo y vio una inmensa cantidad de peces. Lanzó el anzuelo y varias veces lo sacó con peces grandes.

Sin embargo, no aparecía ni un *samchi*.

Condujo el bote a alta mar en su busca. El agua, antes tranquila, de repente empezó a agitarse.

Las olas empujaban su embarcación de un lado para otro

como el huracán a una hoja seca, hasta volteada por completo.

Jo, aunque no sabía nadar, trató por todos los medios, con ayuda de los remos, de mantenerse a flote. Pero, agotadas las fuerzas, empezó a sumergirse en el agua.

Por su parte, Maehyang esperó a su querido hermano en lo alto de un monte, lloviera o hiciera viento, mirando siempre hacia el mar. Y por la noche, olvidando regresar a casa, escrutaba la lejana oscuridad, manteniéndose sentada allí como una estatua.

Compadeciéndose de ella, los animales del bosque le llevaban frutas silvestres; la corneja y otras aves nocturnas que habitaban en el monte Kumgang se reunían a su alrededor alumbrando con sus farolas para que no sintiera miedo. Maehyang lloraba, muy agradecida por esta ayuda.

Mientras tanto, Jo había ido a parar a las profundidades del mar y se estremeció al ver que se le acercaban varias tortugas. Pero pronto supo que habían sido enviadas por el rey de los dragones del Mar Este para socorrerlo.

Jo fue llevado al palacio de los dragones.

El rey, después de escuchar el motivo de su viaje expuso moviendo la cabeza:

“De veras, tu amor por la hermana no tiene parangón. No te preocupes pues te ayudaré.”

De inmediato llamó a los *samchi* al palacio de cristal. Estos hicieron una reverencia temblando de miedo por no saber la razón de su llamada.

"Escúchenme. Ustedes están encerrados por haber peleado con sus hermanos. Saben con certeza los delitos que han cometido. Compárenlos con la loable conducta de este joven que vive fuera del agua —amonestó con severidad el rey de los dragones a los *samchi*—. Ahora les proporcionaré la última oportunidad para que se salven, por eso escúchenme con atención. Para curar a la hermana menor de este joven tienen que ir pronto al monte Kumgang."

Tan pronto como concluyó de hablar el rey de los dragones los peces le contestaron a coro:

"¡A sus órdenes!"

Tras permanecer algunos días en el palacio de los dragones donde fue agasajado con exquisitas golosinas, Jo partió montado en una tortuga y escoltado por los *samchi*.

Aunque venía de las profundidades del mar la tortuga emergió rauda a la superficie, gracias a la ayuda de los *samchi*.

Cuando se dirigían a la costa surgió, no se sabía de dónde, una manada de salvajes delfines, que se abalanzó contra ellos dejando atrás un remolino de espumas blancas.

En este crítico momento los *samchi*, levantando sus

aletas como si fueran cuchillos, les hicieron frente con gritos amenazadores. Los delfines, acobardados ante el ímpetu de cientos de *samchi*, empezaron a retroceder hasta desaparecer.

La tortuga reanudó la marcha. Al levantar la cabeza Jo vio los 12 mil picos del monte Kumgang.

Después de descansar un rato en la isla Al, arribó al puerto Jangjon en horas del mediodía.

Cuando se bajó en el arenal, se le acercó un ciervo, muy conocido en el monte que queda detrás de la aldea Ryukhwaam.

El ciervo se echó en el suelo para que Jo se montara.

Al ver al ciervo creció más su nostalgia por Maehyang.

Quería ir a verla cuanto antes. Pero le apenaba separarse de la tortuga y no sabía cómo hacer con los *samchi*.

En ese preciso momento tronó y relampagueó, se levantó un viento furioso y desaparecieron, sin saber adónde, la tortuga y los *samchi*.

El ciervo cargó sobre su lomo a Jo que permanecía atónito y corrió hasta el monte que queda detrás de la aldea Ryukhwaam. Al saltar del lomo del ciervo Jo quedó asombrado.

Delante de él estaba Maehyang, su querida hermana, de pie como una estatua de piedra, mirando hacia el Mar Este.

"¡Maehyang!"

"¡Hermano!"

Ambos corrieron a abrazarse.

"¡Hermano!"

Hundiendo el rostro en el pecho del hermano, Maehyang comenzó a sollozar de alegría.

Transcurrido un rato del emocionante encuentro, ambos se sorprendieron al ver juguetear en una laguna cercana a la tortuga y los *samchi*.

Jo, contándole a su hermana lo referido a su viaje al palacio de los dragones, la condujo de la mano hasta la laguna.

Los *samchi*, coleando, se acercaron a la orilla.

Despedían un extraño aroma. Al respirar aquel olor, Maehyang sintió que la cabeza ya no le daba vueltas, le desaparecían las náuseas y su cuerpo adquiría nuevos bríos.

Maehyang, mirando a los peces, les dijo:

"*Samchi*, les estoy agradecida de corazón. Mi enfermedad se ha curado por completo. Vuelvan al palacio de los dragones."

Al oír esto los peces respondieron que no podían infringir la orden del rey.

A Jo le pareció que los sentimientos de Maehyang eran admirables al preocuparse por la vida de los peces, pequeños seres del mar.

"*Samchi*, vuelvan sin preocupación. Ya Maehyang está curada. El rey de los dragones los elogiará por su valor."

Al decir esto Jo miró a los peces con ojos cariñosos. Sin embargo, le preocupaba la forma de hacer regresar a la tortuga y los peces.

En ese momento, un trueno estremeció la tierra y el cielo y empezó a llover a cántaros. El agua de la laguna se desbordó y se llenó el valle posibilitando el regreso de los visitantes del mar.

De distintos lugares comenzaron a llegar ciervos, antílopes, corzos y otros cuadrúpedos, así como las cornejas y otras aves.

Estas cantaban con su hermosa voz, mientras que aquéllos, al compás de la melodía, bailaban alegremente.

Más tarde, los habitantes del monte Kumgang denominaron Miramar a la loma rocosa donde, lloviera o hiciera viento, Maehyang esperaba sentada a su hermano, mirando hacia el mar.

El hada y el joven

En la antigüedad, en el reino celestial vivía una hermosa princesa llamada Jinrang. El emperador le consentía todos sus caprichos.

Ella creció rodeada del amor de su padre y se convirtió en una bella joven.

Años después, el emperador fijó la fecha de la ceremonia de su promesa nupcial.

En vísperas de ese día, su palacio bullía como en una fiesta. Los poetas se dedicaban a componer hermosos versos, mientras que las hadas estaban muy ocupadas en acicalarse.

Pero, desafortunadamente, la princesa Jinrang se enfermó de repente de gravedad.

Todos los renombrados médicos del cielo se reunieron para

preparar medicamentos y aplicarle métodos curativos. Pero ninguno de éstos surtió efecto.

La enfermedad iba de mal en peor. El reino celestial se sumergió en una profunda tristeza. Un día, llegó un galeno de la Luna, tomó el pulso de Jinrang y prescribió el *kumrancho*, una planta de flores doradas que crecía en lo alto del pico Ryongdae, cerca del monte Kumgang, como el mejor medicamento para la enfermedad de la princesa.

El emperador celestial llamó de inmediato a Payang, un hada sirvienta y le ordenó:

"Baja ahora mismo al pico Ryongdae y regresa con el *kumrancho*. Hazlo prisa."

Payang se sentía entre la espada y la pared.

(¿Cómo conseguiría el *kumrancho* si no había visto nunca esa planta?)

Su angustia era inmensa. Pero, siendo una simple sirvienta, no podía desobedecer las órdenes del emperador.

De inmediato se puso su vestido alado y partió con rumbo al monte Kumgang.

Al llegar allí, peinó el pico Ryongdae y sus valles en busca de la planta de flores doradas. Pero no encontró nada.

Cuando pensaba que si no conseguía dicha planta no sólo no podía volver al Cielo, sino que incluso sería castigada por el

emperador, un escalofrío le recorría la espalda.

Transcurrieron dos días. Payang subía por un despeñadero arrastrando sus cansadas piernas. Pero al poner en falso uno de sus pies rodó abajo y de sus labios se escapó un grito.

Perdió el conocimiento. Cuando Payang volvió en sí, se percató de que estaba acostada sobre las hojarascas, en una cueva bien resguardada.

Sobresaltada, trató de levantarse, pero no pudo mover ni un dedo y el cuerpo le pareció tan pesado como si estuviera amarrado a la tierra.

En ese momento, un muchacho desconocido, que de pie en la entrada de la cueva la miraba con preocupación, se le acercó.

"¿Cómo se siente ahora? Afortunadamente, no está herida de gravedad. Faltó poco para que sufriera una desgracia."

El hada, avergonzada y a la vez agradecida, le contestó:

"Gracias. No sé cómo recompensar su ayuda."

Sin poder continuar, volvió el rostro y comenzó a llorar.

El joven se llamaba Jangsoe y vivía en una aldea costera no muy lejos de allí. Era muy pobre, pero tenía un noble corazón y era laborioso y cariñoso con sus padres.

Ese día había ido al monte en busca de leña. Y al descubrir por casualidad a la muchacha desmayada la trasladó a la cueva.

Jangsoe le preguntó por qué andaba sola por un monte tan recóndito.

"Yo vivo en una aldea que está más allá de la loma. Como mi madre está enferma de gravedad he venido aquí en busca del *kumrancho*. Pero..."

Payang mentía por primera vez en su vida, porque pensó que si el joven conocía que ella era un hada del Cielo se podría sentir cohibido y, además, si corría el rumor de que alguien había descendido del Cielo para conseguir el *kumrancho* era posible que surgieran obstáculos que le impidieran llevar a cabo su tarea.

Jangsoe, compadeciéndose de Payang, le dijo:

"Comprendo su penosa situación. Yo también he escuchado decir que existe esa planta, pero hasta ahora nadie la ha visto. En el estado en que usted se halla, lejos de encontrarla, le será difícil incluso regresar a su hogar, De modo que vamos primero al mío para que pueda recuperar su salud. Mi madre la atenderá con cariño."

Las palabras del muchacho emocionaron a Payang. Pero la ley del reino celestial prohibía rigurosamente el contacto con los terrestres. Por eso Payang le respondió con lágrimas en los ojos:

"Le estoy muy agradecida por lo que acaba de expresarme,

pero hasta que no encuentre el *kumrancho* no me marcharé de aquí."

Jangsoe, al comprender que la decisión de la joven era inconmovible, regresó a su casa y le contó a su madre los pormenores de lo ocurrido.

Esta, apenada por la suerte de la joven, preparó gacha, y se la mandó en una vasija con su hijo. Pensaba llevársela ella misma, pero su salud no se lo permitía.

Al comenzar el restablecimiento de la muchacha preparó para ella el panizo cocido y un plato delicioso de plantas comestibles.

Payang comió con mucho apetito las comidas que le enviaba la madre de Jangsoe y en virtud de ello, pudo levantarse a los 3 días.

Sin embargo, seguía estando afligida porque no tenía modo de conseguir el *kumrancho*.

"Vamos a buscar juntos el *kumrancho*. Entonces podremos curar la enfermedad de tu madre."

Jangsoe consoló a Payang.

(¡Qué bondadoso es este muchacho!)

Payang miró al rostro de Jangsoe con los ojos humedecidos por la emoción.

También el corazón de éste, que por primera vez se hallaba

frente a una muchacha tan bella como la rosa costera, latía con fuerza.

Ambos salieron fuera de la cueva.

Cuando descendían revisando un profundo valle, descubrieron cerca de sus pies un brillo dorado. Deslumbraba tanto que los jóvenes se cubrieron la cara con las manos.

"¡Es el *kumrancho*!, ¡Es el *kumrancho*!"

Exclamando así, Jangsoe corrió hacia una planta que esparcía rayos dorados, oculta en un denso matorral.

Payang lo siguió con el corazón latiendo.

La planta despedía un aroma agradable. Jangsoe estaba más alegre que Payang. El extrajo la planta con mucho cuidado para que no se dañara, y se la entregó a Payang.

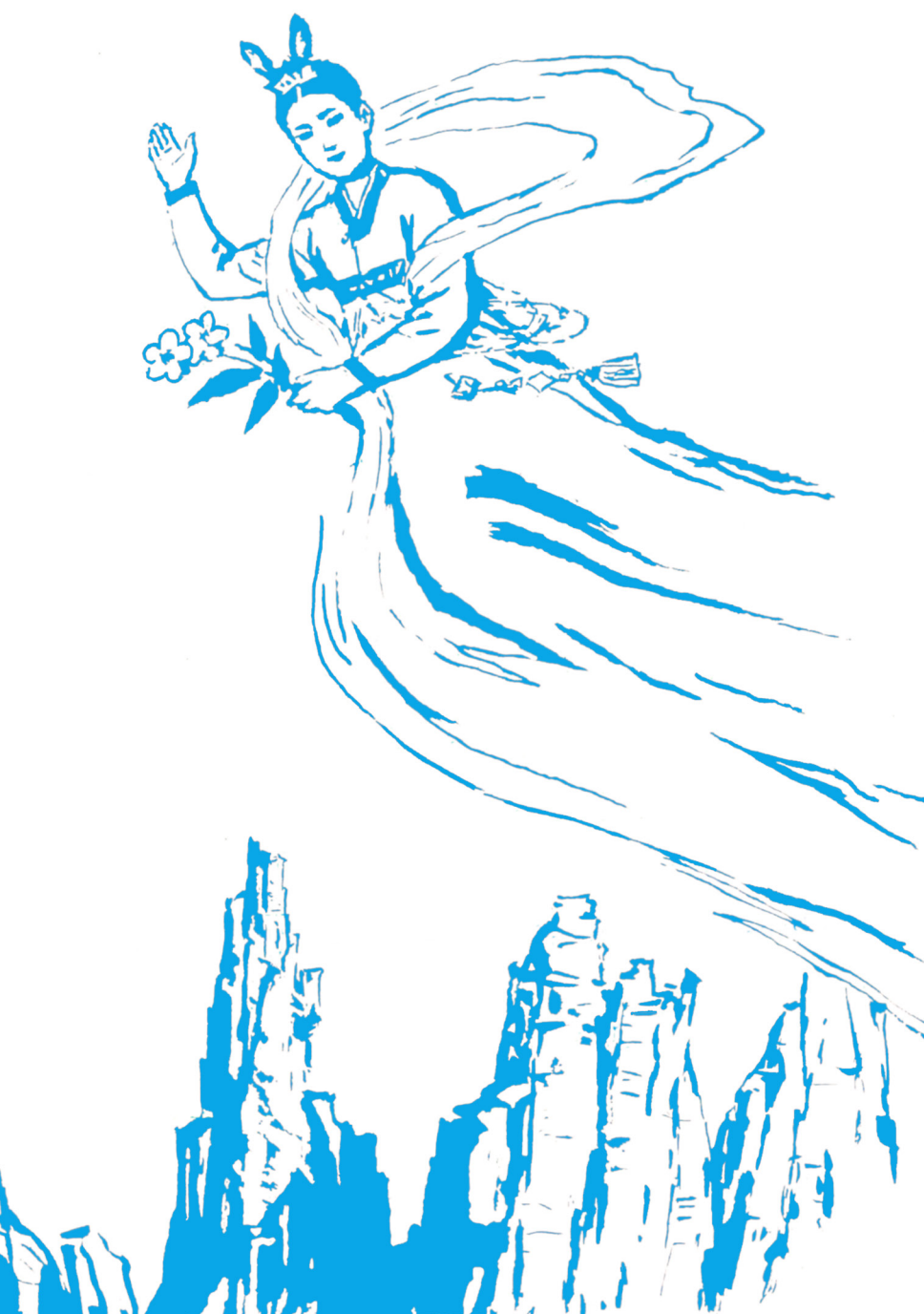
"Tome esta planta."

"Gracias. Muchas gracias. Después de entregársela a mi madre volveré aquí de nuevo. Espéreme."

El hada Payang partió mirando hacia atrás una y otra vez.

Tan pronto como la princesa Jinrang bebió la pócima de *kumrancho* que trajo Payang, sus labios adquirieron un color rojo y se le reguló la respiración. Ella abandonó enseguida la cama.

La alegría del emperador celestial era incomparable. Llamó a Payang.



“Bravo. Valorando tu lealtad, voy a premiarte. Por tanto, pídeme lo que desees.”

Payang, de rodillas, le dijo:

“Mi mayor deseo, aunque me apene decírselo, es vivir en el monte Kumgang, un lugar pintoresco bajo el cielo.”

El emperador no podía aceptar de inmediato aquella audaz petición porque le apenaba la despedida. Tampoco podía rechazarla porque ya había prometido concederle lo que deseara.

Por eso la miró en silencio. Pero un rato después, tras un largo suspiro, le contestó con voz entristecida:

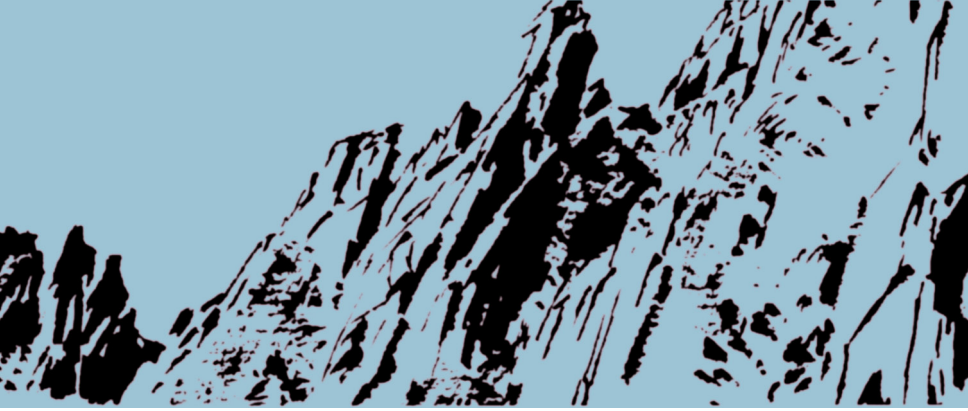
“Hazlo si ese es tu deseo.”

Payang descendió otra vez al monte Kumgang y le contó a Jangsoe todo lo ocurrido.

La alegría de éste era inmensa. La llevó a la aldea costera y se casó con ella.

El día de su boda, por la mañana, cayó del cielo a orillas del mar, un biombo de empinadas rocas. Había sido enviado por el emperador celestial como regalo para los novios.

Posteriormente, ellos construyeron sobre ese biombo una atractiva casa con los maderos de pino del monte Kumgang y la nombraron “Chongsokjong.”



Una escalera de plata y otra de oro

Hace muchos años, en un valle del pico Piro vivían dos hermanos huérfanos.

La hermana cuidaba con devoción a su hermano de 9 años, y éste la consideraba como a su madre. Se prodigaban un mutuo cariño y vivían en armonía.

Una primavera la muchacha se enfermó de gravedad.

Su hermano sollozaba desconsoladamente sin saber qué hacer.

Un día, los visitó el anciano curandero de la aldea Paegang, quien le dijo al muchacho que su hermana sólo se curaría si se comía una cesta de frutos del laurel que únicamente crece en la Luna.

(¡Oh, frutos del laurel!)

El “chico decidió ir a la Luna para conseguirlos, por muy lejos que estuviera ese lugar.

Al día siguiente, por la mañana, emprendió el largo viaje después de tranquilizar a su hermana diciéndole que iba al monte a recoger plantas medicinales. Caminó por un sendero escabroso con rumbo al pico Piro, ya que alguien le había dicho que este pico era el que más cerca se hallaba del cielo.

Sin embargo, una vez allí, comprendió que era imposible continuar el viaje hacia la Luna.

Todo el día se la pasó mirando con angustia hacia el cielo. Al anochecer, comenzaron a aparecer una a una las estrellas.

De repente se escuchó un fuerte estrépito.

Asustado, el muchacho se escondió con rapidez detrás de una roca y observó los alrededores. Al instante, gritó de júbilo.

Del cielo colgaba una escalera de plata y por ella descendía con ligereza un hada con un hermoso jarrón en las manos. Cuando ella puso los pies en la tierra la escalera se volvió a elevar.

El hada caminó con pasos ligeros valle abajo.

Poco después regresó con el jarrón lleno de agua, cerca de donde estaba escondido el muchacho, sacó del pequeño agujero

de una roca una piedra que despedía un suave brillo y con ella comenzó a hacer señales al cielo.

Del cielo bajó esta vez, una escaleta de oro.

El hada escondió en su sitio la piedra misteriosa y subió al cielo por la escalera de oro.

El muchacho, olvidando su miedo, corrió al agujero y sacó de él la piedra.

Era una gran bola de jade tornasolada.

Muy alegre de conocer ahora el secreto para subir a la Luna, apretó la bola contra su pecho y luego la frotó en su mejilla. Después, dirigió su luz al cielo tal como había hecho el hada.

Al instante, bajó estrepitosamente del cielo la escalera de oro.

Subió con rapidez por ella hasta la Luna.

Mientras tanto, la muchacha, que aún seguía enferma, comenzó a preocuparse porque su hermano que había salido a recoger plantas medicinales no regresaba y era muy avanzada la noche. Se levantó de la cama y salió afuera con una luz en la mano en busca de él.

Peinando el valle del pico Piro, lo llamó hasta enronquecer.

Pero su angustioso grito se lo tragaban los matorrales y se perdía en el viento.

Por su parte, el hermano llegó a la Luna, corrió al laurel y llenó una cesta con sus frutos.

Cuando ya se alejaba del laurel el rey de la Luna supo que una persona de la Tierra había llegado. .

Colérico e impaciente, golpeó con su bastón las escaleras diciendo que los genios del cielo no podían utilizar las usadas una vez por un hombre de la Tierra. Las escaleras de oro y de plata se convirtieron en miles de rocas, las cuales cayeron cerca del pico Piro.

Y ordenó que lo llevaran a su palacio.

Luego de mirarlo severamente por un rato le preguntó qué hacía allí.

El muchacho, con lágrimas en los ojos, le explicó y le rogó que le permitiera llevar los frutos del laurel.

Sólo entonces el rey, muy conmovido, dijo:

"No sabía que existiera en la Tierra un amor tan profundo como el tuyo y el de tu hermana. Impulsado por mi impaciencia, rompí las dos escaleras, la de plata y la de oro. ¿Qué hacer ahora?"

Después de mostrar su arrepentimiento, continuó:

"No hay otra alternativa. Te daré un corcel. Vuelve a tu casa en él."

De este modo, el muchacho emprendió el viaje, montado en

el corcel, con rumbo al pico Piro. Mas tardó 15 días en llegar porque la Luna se hallaba muy lejos.

Mientras tanto, su hermana, que lo buscaba llorando angustiosamente en un valle del pico Piro, murió sin poder volver a verlo.

Pero la luz que ella llevaba se mantuvo encendida a pesar de que pasaron los días y los meses. Y por último se convirtió en una hermosa flor.

El muchacho la denominó "kumgangchorong" (farola del Kumgang).

Esta es una especie que crece sólo en nuestro país, mejor dicho, sólo en el monte Kumgang. Dicen que ella representa el alma de esa muchacha que mientras no se encontrara con su hermano decidió no alejarse del valle del pico Piro.

Y dos despeñaderos, formados por la destrucción de las escaleras de plata y de oro se siguen llamando en la actualidad "Unsadari" (escalera de plata) y "Kumsadari" (escalera de oro).

La roca Rana

Hace muchísimo tiempo, en una aldea había un inmenso y profundo pozo. En él vivía una rana que según se afirmaba había visto en su juventud todos los paisajes hermosos del mundo.

Ella decía siempre con orgullo a sus crías:

"Hijos míos, fuera de este pozo no hay nada mejor. Digan lo que digan, el lugar más hermoso del mundo es nuestro hogar. Aquí el agua es siempre clara y fresca. Además, ¡cuán bello se ve el brocal cubierto de musgo!"

Por eso también sus hijos creían que no existía lugar más bello que el sitio en que habitaban.

Un día se posó en el brocal del pozo una urraca y comenzó a graznar.

Las ranitas sacaron la cabeza del agua y, mirando al ave,

comenzaron a contarle las cualidades de su casa:

"Urraca, bebe un sorbo de esta clara y fresca agua."

"Entra aquí y mira ese disco de cielo."

Al oír esto la urraca soltó una carcajada.

"Ranitas, pienso que el pozo en que viven es bueno. Pero escúchenme."

La urraca les habló con entusiasmo acerca de los doce mil picos que había visto en el hermoso monte Kumgang.

"¿Qué?"

"¿Es cierto que existe un lugar semejante en el mundo?"

Las ranitas ladearon la cabeza, sin dar crédito a las palabras de la urraca. Creyeron que las estaba engañando.

"Urraca, ¿no nos mientes?", preguntó la rana madre, mirándola con ojos escrutadores.

"¡Claro que no! Si no me crees vamos juntos al monte Kumgang", respondió el ave agitando la cola.

La rana madre no quería creer en las palabras de la urraca sin corroborarlas con sus propios ojos.

"Entonces, urraca, llévame al monte Kumgang."

"Está bien."

La urraca se acercó más al agua y la rana madre se acomodó encima del ave. Esta voló rumbo al monte Kumgang atravesando

las nubes y surcando el aire. La dejó en la ladera del pico Oknyo y le dijo:

"Ya estamos en el monte Kumgang."

Los ojos de la rana se agrandaron. Los empinados picachos parecían besar el azul del cielo. Por los valles corrían las cristalinas aguas rutilando a la luz del sol.

"¡Oh!", exclamaba la rana una y otra vez. Aunque en su juventud recorrió todo el mundo nunca había visto un paraje tan hermoso.

"¡En realidad existe un lugar maravilloso en el mundo!"

La rana pensó que estaba soñando. Encantada por la belleza del monte Kumgang no sentía deseos de regresar. Transcurrieron los días, pero ella seguía contemplando el paisaje, clavada en la ladera del pico Oknyo, sin recordar siquiera a sus hijos.

"Rana, regresemos", le dijo un día la urraca.

Sólo entonces la rana recordó a sus hijos.

"Caramba, he perdido la noción del tiempo. Debo regresar cuanto antes y contarles a mis hijos lo hermoso que es el monte Kumgang."

La rana se dispuso a regresar, pero sentía nostalgia al tener que abandonar ese fascinante panorama.

"Urraca, contemplemos un rato más el paisaje."

Y otra vez se dejó arrastrar por la belleza de los doce mil picos del monte Kumgang y de sus valles. Pasó así mucho tiempo hasta quedar petrificada, con los ojos muy abiertos. Cuenta la leyenda que se trata de la roca Rana que se encuentra en la ladera del pico Oknyo.

Un súbdito del emperador celestial

Un poco más arriba del Okryu, valle por donde corren las aguas cristalinas, se halla una enorme piedra con figura de hombre, que parece estar sentado con las piernas cruzadas y la cabeza descubierta.

Dicen que se trata de un súbdito del emperador celestial, castigado por un anciano que vivía en el monte Kumgang y se dedicaba a cultivar plantas medicinales.

Un día de verano descendió al monte Kumgang para admirar su paisaje. Desde el pico Piro contempló los doce mil picos que se extendían a lo lejos. El paisaje era indescriptiblemente hermoso. Luego bajó al valle donde está la laguna Kuryong. El sol del mediodía se hacía sentir. Su cuerpo estaba empapado por el sudor.

Apenas pasó la laguna Ryonju, ya no podía soportar el intenso calor. Se quitó el birrete y la ropa y se introdujo en una laguna de azules aguas.

De inmediato sintió que su cerebro se despejaba y su cuerpo adquiría un suave frescor.

"Ahora comprendo por qué las hadas descendían a menudo a las Ocho Lagunas del monte Kumgang y se deleitaban bañándose en sus aguas", pensó mientras se bañaba, sin percatarse de que el tiempo transcurría.

De repente escuchó una voz estremecedora:

"¿Quién se está bañando ahí desnudo?"

El hombre celestial, asustado, se sumergió más en el agua y miró hacia el sitio desde donde había salido la voz. Sobre una roca plana estaba un anciano de pie y lo miraba con rudeza.

El individuo se tranquilizó y refunfuñó en voz alta:

"¿Quién es usted? ¿Por qué me grita sin preguntar primero quién soy?"

"Cultivo plantas medicinales en el monte Kumgang. ¿Usted no sabe que el agua que corre por los valles del monte Kumgang es sagrada porque riega las raíces de miles de especies de estas plantas? Las personas que visitan este monte lo primero que hacen es beber de esta agua. ¡Qué crimen más atroz comete usted al bañarse en ella!"

El anciano amonestó severamente al visitante. Este no hallaba palabras para excusarse.

"Señor, he cometido un grave error. A decir verdad..."

El súbdito del emperador celestial le pidió perdón al abuelo. Pero éste lo reprendió con mayor dureza dando golpecitos sobre la roca con su bastón.

"¡Qué vergüenza bañarse junto al camino por donde pasan tantos transeúntes y, encima, a la hora del mediodía! Sepa que merece un fuerte castigo."

Luego tomó el birrete del hombre y desapareció sin mirar hacia atrás.

El súbdito del emperador celestial salió a prisa de la laguna y se puso la ropa. Pero no podía regresar al cielo porque el cultivador de plantas medicinales se había llevado su birrete, el cual le servía de alas.

"¡Eh, señor!", lo llamó gritando hacia todas partes. Pero el anciano no apareció.

"¡Caramba!"

Sentado en una roca, suspiraba.

En ese instante desde abajo llegó el murmullo de personas que se acercaban. Ellas se dirigían a las Ocho Lagunas siguiendo la ruta del valle Kuryong.

Temiendo ser visto por ellas corrió cuesta arriba, se ocultó

detrás de una roca y contuvo la respiración.

(¡Qué error he cometido al bañarme en un agua tan limpia que ni siquiera las aves se atreven a beber de ella!)

El súbdito del emperador celestial se arrepintió profundamente de lo que había hecho.

El sol se ocultó tras el pico Piro; todo se envolvió en las penumbras y asomaron una tras otra las estrellas.

(¿Qué haré ahora si no puedo regresar al cielo al no tener el sombrero? En realidad no pensé en lo que hacía.)

El hombre se lamentó y no pudo conciliar el sueño durante toda la noche. Cuanto más transcurrían los días mayor era su arrepentimiento.

En la ladera del pico Sejon quedó petrificado con la cabeza descubierta.

En los días de niebla se oculta tras las nubes, pero en los de sol se ve obligado a presentarse ante la gente, a pesar de su vergüenza. En tales casos dice ruborizándose:

"Lamentablemente, estoy cumpliendo una condena por haberme bañado en las sagradas aguas del monte Kumgang. Ahora comprendo el alma generosa de las personas que viven aquí, quienes cuidan y aman cada arroyo, no importa que sea conocido o no. De veras, la belleza del monte Kumgang cobra más fama porque se ha unido con la belleza espiritual del pueblo de este país."

Handol y Dudol

Hace mucho tiempo en una aldea situada al pie del pico Piro vivían dos niños. Uno se llamaba Handol y el otro Dudol.

Ambos crecían al amparo de sus respectivas madres.

Sus padres habían muerto hacía algunos años en el campo de batalla, el mismo día y a la misma hora.

Ambos se querían como si fueran hermanos, pues experimentaban la misma tristeza de ser huérfanos de padre.

Si encontraban una pera o recogían un puñado de avellanas en el monte las repartían entre sí a partes iguales.

Un día primaveral —ese año cumplían los dieciocho—, llegaron a la aldea un grupo de hombres con *bongoji* (un tipo

de sombrero) y armados con porras, y en nombre del Estado les obligaron a marchar con ellos.

"¿Por qué quieren llevárselos? ¿Aún no están satisfechos con la muerte de sus padres en el campo de batalla?"

"Mejor nos llevan a nosotras, las viejas."

Las madres les imploraron colgándose del ruedo de sus trajes.

Mas los funcionarios se los llevaron sin meditarlo, sin mostrar lástima alguna.

Después de iniciar el servicio militar, Handol y Dudol no lograban dormir pensando en que sus madres habían quedado solas. Cuando las recordaban se les destrozaba el corazón; hasta la comida les parecía insípida.

Un día a Handol le ocurrió algo inesperado.

La noche en que hacía la guardia para vigilar el almacén desaparecieron cientos de sacos de arroz sin que nadie supiera cómo.

El tribunal dictó la pena de muerte y Handol fue encerrado en la cárcel del cuartel.

Días después llegó la noticia de que su madre estaba muy enferma. Pero el jefe del cuartel ni siquiera se preocupó por avisarle a Handol.

Dudol fue a ver al jefe, le explicó la situación familiar de su

amigo y le rogó que le permitiera a éste ver a su madre antes de que muriera.

"Le faltan cinco días para ser ejecutado. ¿Qué necesidad tiene de ver a su madre moribunda?", respondió el hombre sin prestar oído a la súplica de Dudol.

Al pensar que la madre de Handol atravesaba por una grave enfermedad y le quedaba poco tiempo de vida, mientras su hijo esperaba la llegada de la muerte atusado de un robo que no había cometido, una inmensa tristeza le embargaba, le parecía que la tierra se abría a sus pies.

(¿Cómo ayudara Handol para que pueda ver por última vez a su madre antes de que ésta muera?)

Oprimiéndose el pecho con las manos Dudol se sumergió en una profunda meditación. Luego fue a ver por segunda vez a su jefe y le expuso lo que pensaba:

"Le ruego que le permita a Handol ir a su casa; yo me quedaré en la cárcel en su lugar."

El hombre se sorprendió. Faltaban sólo cinco días para hacer efectiva la sanción impuesta a Handol. Aunque había escuchado decir que ambos jóvenes mantenían una estrecha amistad, esa decisión lo dejó perplejo.

Un rato después el comandante le dijo:

"Faltan cinco días para que Handol sea ejecutado. Si

no regresa hasta entonces tú ocuparás su puesto. ¿Estás de acuerdo?"

"Si no estuviera decidido, ¿cómo cree le habría hecho semejante propuesta? Pero estoy seguro de que Handol regresará dentro de cinco días. Si por alguna razón no llega máteme a mí en su lugar."

La decisión de Dudol era firme. El comandante no tenía otra alternativa que aceptar su propuesta.

Antes de partir, Handol abrazó llorando a Dudol que era conducido a la cárcel. También otros soldados que presenciaban esta escena se enjugaron las lágrimas con la manga de la camisa.

Handol llegó a su tierra natal después de caminar durante dos días. Primero pasó por la casa de Dudol, pero no había nadie en ella. Luego corrió a su hogar.

"¡Madre!", gritó con voz llorosa, acercándose a la puerta de su casa.

"¡Cielos! ¿Eres tú, Handol?"

La madre de Dudol fue quien salió a su encuentro. La suya permanecía inconsciente, con los ojos cerrados, como si estuviera muerta.

"¿Está bien mi Dudol?", preguntó ella entre sollozos acariciando la huesuda espalda de Handol.

"Sí, está bien de sa..."

Handol no pudo concluir la frase porque le apenaba engañarla. Volvió el rostro hacia otra parte al parecerle que ella se imaginaba lo ocurrido.

“Bien, has venido. Pensaba que tu mamá no pasaría de esta noche. Pero si te ve estoy segura que se recuperará.”

La madre de Dudol le pidió a Handol que se sentara a la cabecera de la enferma.

“Madre, estoy aquí”, susurró Handol con voz queda al oído de su mamá. Pero ésta no contestaba, permanecía con los ojos cerrados.

“¡Madre!, ¡Madre!”, la llamó con ansiedad sacudiéndola.

Ella tampoco se despertó a la mañana siguiente. Su estado se tornaba más crítico. Handol no quería alejarse de su cabecera.

Pero ni un instante se apartaba de su mente la imagen de Dudol que ocupaba su lugar en la cárcel.

(Dudol, ¿existirá en este mundo alguna otra persona que esté dispuesta a morir por su amigo? Espérame un poco más. Volveré de inmediato.)

Handol se mordió los labios hasta hacerlos sangrar.

(Mi madre no tiene posibilidades de salvación. No tengo ningún otro anhelo, pues la he visto viva. No puedo permitir que Dudol muera por mí.)

Con este pensamiento se levantó del asiento.

“Le confío a mi madre. Tengo que regresar ahora mismo”, dijo Handol de rodillas a la mamá de su amigo.

“¿Qué dices? ¿Vas a marcharte y dejar a tu madre moribunda?”, preguntó ella perpleja.

“Debo regresar sin falta”, respondió llorando Handol ante la angustia de no poderle confesar la verdad.

“¿Tan rigurosa es la disciplina militar? No, no debes marcharte ahora”, le dijo ella sin soltar la manga de la camisa de Handol.

“No me retenga. Le explicaré más tarde la verdad, la razón de por qué debo irme”, le suplicó el joven.

“¿Por qué no puedes decírmelo ahora? Si estás obligado a ocultar la verdad, no veo otra alternativa que esperar. Pero no te preocupes por tu madre. Cuídate...”

La mamá de Dudol no pudo continuar más; sintió como si un nudo le apretara la garganta. Handol se arrodilló, hizo una profunda reverencia a su madre que continuaba inconsciente y abandonó la casa llorando.

Llegó el día señalado para su ejecución. Por la mañana, en el cuartel se vertieron opiniones desagradables.

“Es difícil entender a las personas. Handol parecía ser muy amigo de Dudol. Pero no regresa, exponiéndolo a morir por él.”

“¡Qué triste destino el de Dudol! A causa de un mal amigo va a perder la vida.”

Los compañeros lloraron al ver que Dudol iba a morir en lugar de Handol.

Llegada la hora, el jefe ordenó traerlo.

Dudol, sin el menor asomo de tristeza, caminó despacio hacia el sitio donde sería ejecutado.

“¡Dudol!”

Los amigos lo llamaban de aquí y allá, con voz ahogada. Dudol les envió su saludo con los ojos. Los verdugos lo colocaron al borde de un precipicio. El jefe le preguntó:

“Dudol, ¿tienes algo que decir?”

“No, nada. Me alegra saber que Handol pudo ver a su madre. Sin duda, él está ahora en camino. Mi última petición es que no le hagan daño cuando regrese”, respondió Dudol.

“Bien, cumpliré tu petición.”

Después de afirmarlo con la cabeza, el comandante retrocedió unos pasos y alzó la mano. Los arqueros, con manos temblorosas, pusieron tirantes sus arcos y apuntaron a Dudol.

Cuando el jefe estaba a punto de bajar la mano se escuchó el galopar de un caballo. El hombre miró hacia abajo. Un caballo blanco se acercaba levantando una nube de polvo. El jinete gritaba algo en voz alta agitando la mano.

“¿Ese no es Handol?”

“Parece ser él.”

Los soldados, susurrando, siguieron con la mirada al caballo que se les acercaba. En un santiamén el animal se situó al borde del precipicio donde se hallaba Dudol.

“¡Dudol!”, exclamó Handol saltando del caballo y cubriendo con su cuerpo al amigo.

“Ya estoy aquí, dirigidme las flechas a mí”, pronunció jadeando a los arqueros.

Los allí reunidos lo miraron asombrados.

Pero quien más se sorprendió fue Dudol. El nunca esperó que Handol regresara en cinco días. Siempre pensó que para cuidar a su madre no le alcanzaría tan poco tiempo y necesitaría muchos más días. Su único deseo era morir en lugar de Handol para así salvar a su amigo y ser fiel a su amistad.

“¡Handol!” ‘

“¡Dudol!”

Ambos se abrazaron musitando sus nombres con voz ahogada.

“Handol, ¿has visto a tu mamá?”, preguntó preocupado Dudol.

“Sí, también a la tuya...”

Handol no pudo continuar hablando.

“Pero, ¿por qué has regresado dejando a tu madre enferma?”, dijo Dudol golpeando con sus puños el pecho de Handol.

“¿Qué dices? Dejándote morir en mi lugar, ¿qué vale mi vida?”

Handol apretó con más fuerza a Dudol contra su pecho.

“Por mi causa habrás sufrido mucho. Me demoré un poco contra mi voluntad...”

Handol parpadeó, se sentía culpable de la suerte que había corrido su amigo y le explicó lo acontecido.

Después de despedirse de su madre enferma Handol se apresuró a regresar. Pero en un desfiladero tropezó con una piedra y cayó dañándose el tobillo. El pie se le inflamó y le era imposible dar un paso. Soportando el intenso dolor siguió el camino con un soló pensamiento:

“Dudol, ¿cómo es posible que mueras en mi lugar? ¡Ay, Dudol!”

Handol lloró golpeando la tierra. En ese instante un vendedor de caballos, al escuchar un llanto que salía del desfiladero, se acercó a prisa. Encontró a Handol y éste le explicó el motivo de su desesperación.

Entonces el viajero le entregó un veloz caballo blanco diciéndole:

“La amistad de ustedes despierta admiración. Toma este caballo y marcha de inmediato.”

Handol galopó esgrimiendo el látigo y recorrió el resto del camino a toda velocidad.

Los soldados, que escuchaban tensos el relato de Handol, quedaron muy impresionados.

Sin duda era muy loable la actitud de Dudol que escogió el camino de la muerte en aras de su amigo. Pero no menos loable era la de Handol quien corrió hacia la muerte para salvarlo.

El comandante, tras un rato de meditación, observando a sus emocionados soldados, dijo a Handol:

“Entonces, tú debes ser quien reciba el castigo. ¡Adelante!”

El caudillo se rió con frialdad.

“¿Qué, matar a Handol?”

“¡Qué hombre tan despiadado!”, murmuraron los soldados con indignación.

En ese preciso momento un soldado entrado en años dio un paso adelante y dijo:

“Hermanos, lo descubriré todo. El que robó los cereales del almacén fue éste, nuestro jefe.”

“¿Qué?”

Los soldados quedaron atónitos al oír estas sorprendentes palabras.

“Canalla, no digas mentira”, gritó el jefe clavando una fiera mirada en el anciano soldado.

“Esa noche, cuando realizaba el servicio de patrulla, vi cómo nuestro jefe se robaba los cereales del almacén ayudado por un grupo de ladrones. He sido un imbécil. Por temor fingí no conocer el caso del robo. Soy yo quien merece ser castigado. Por eso, en lugar de Handol, mátenme a mí.”

El soldado lloró, golpeándose el pecho con los puños.

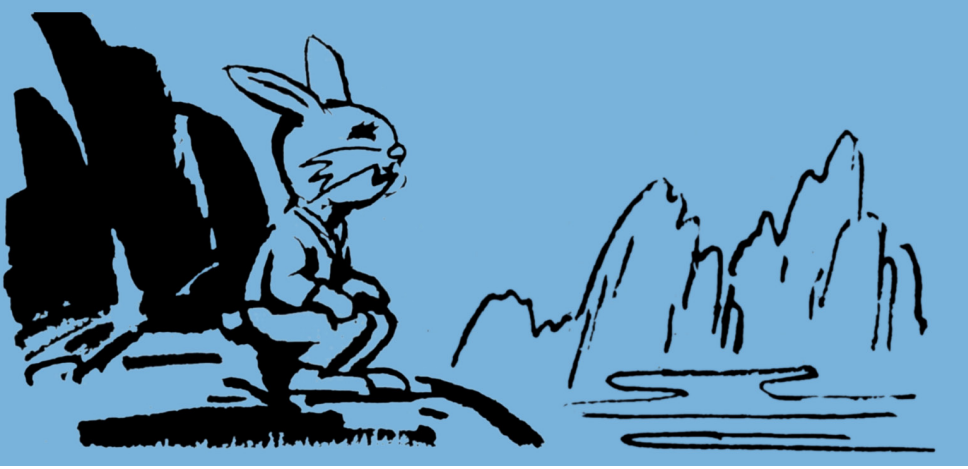
“Quien debe ser ejecutado aquí no es ni Handol ni Dudol sino ese jefe”, gritó alguien de entre los soldados levantando su lanza.

“¡Exacto!”

“¡Exacto!”

Todos exclamaron al unísono y esgrimiendo sus lanzas rodearon al comandante y lo ajusticiaron.

Más tarde, Handol y Dudol regresaron a su aldea, aquél logró que su madre recuperara la salud y ambos vivieron felices durante muchos años, fieles a su entrañable amistad.



La roca Conejo

En la ladera del pico Sejon se halla una roca semejante a un enorme conejo echado en la tierra.

Dicen que éste vivió antes en el cielo, pero quedó petrificado en el monte Kumgang.

Era un agradable día primaveral. El conejo del imperio celestial molía el arroz en el mortero, sentado en una de las piedras que formaban el contrafuerte de una terraza. Con la masa se prepararía el *tok* para el banquete por el cumpleaños del emperador.

Cuando el conejo estaba inmerso en su faena se le acercó un hada con una vasija llena de agua. Se trataba de Okdol que regresaba del monte Kumgang adonde había ido a bañarse.

“Conejito, refréscate con esta agua”, dijo el hada tendiéndole la vasija.

“Gracias.”

El conejo esbozó una sonrisa y vació el recipiente de un sorbo.

“¡Qué agua tan sabrosa! ¿De dónde la has traído?”, preguntó el animalito lamiéndose los bigotes.

“Del monte Kumgang.”

“¿Del monte Kumgang?”

“Sí.”

El hada movió afirmativamente la cabeza y empezó a enumerarle con orgullo las notables cualidades de dicho monte: sus aguas, sus rocas, sus nubes...

“¡Ojalá pudiera yo verlo también!”

El conejo miró con envidia al hada Okdol, poniéndose en el pecho las dos patas delanteras.

Lo narrado por el hada causó en el animal tal estado de excitación que no podía continuar trabajando si no veía antes ese famoso monte.

Así que de inmediato el conejo fue a ver al emperador celestial y le expuso:

“Excelentísimo señor emperador, oí decir que bajo nuestro Cielo se halla un famoso monte llamado Kumgang. Mi único anhelo es verlo una vez. Tenga la bondad de permitirme viajar hasta allí aunque sea un solo día.”

Sin darle una respuesta inmediata, el emperador le preguntó:

“Si tú te vas, ¿quién molerá el arroz para el *tok*?”

“Yo mismo lo haré aunque pase en vela doce noches.”

El conejo reiteró su ruego con tanta insistencia y ardor que el emperador no pudo rechazar la petición.

"Bien, ve si ese es tu deseo. Pero tienes que volver antes de que el sol se oculte. ¿Entendido?"

"Sí, excelentísimo señor."

El conejo le hizo una profunda reverencia bajando la cabeza casi a ras de tierra.

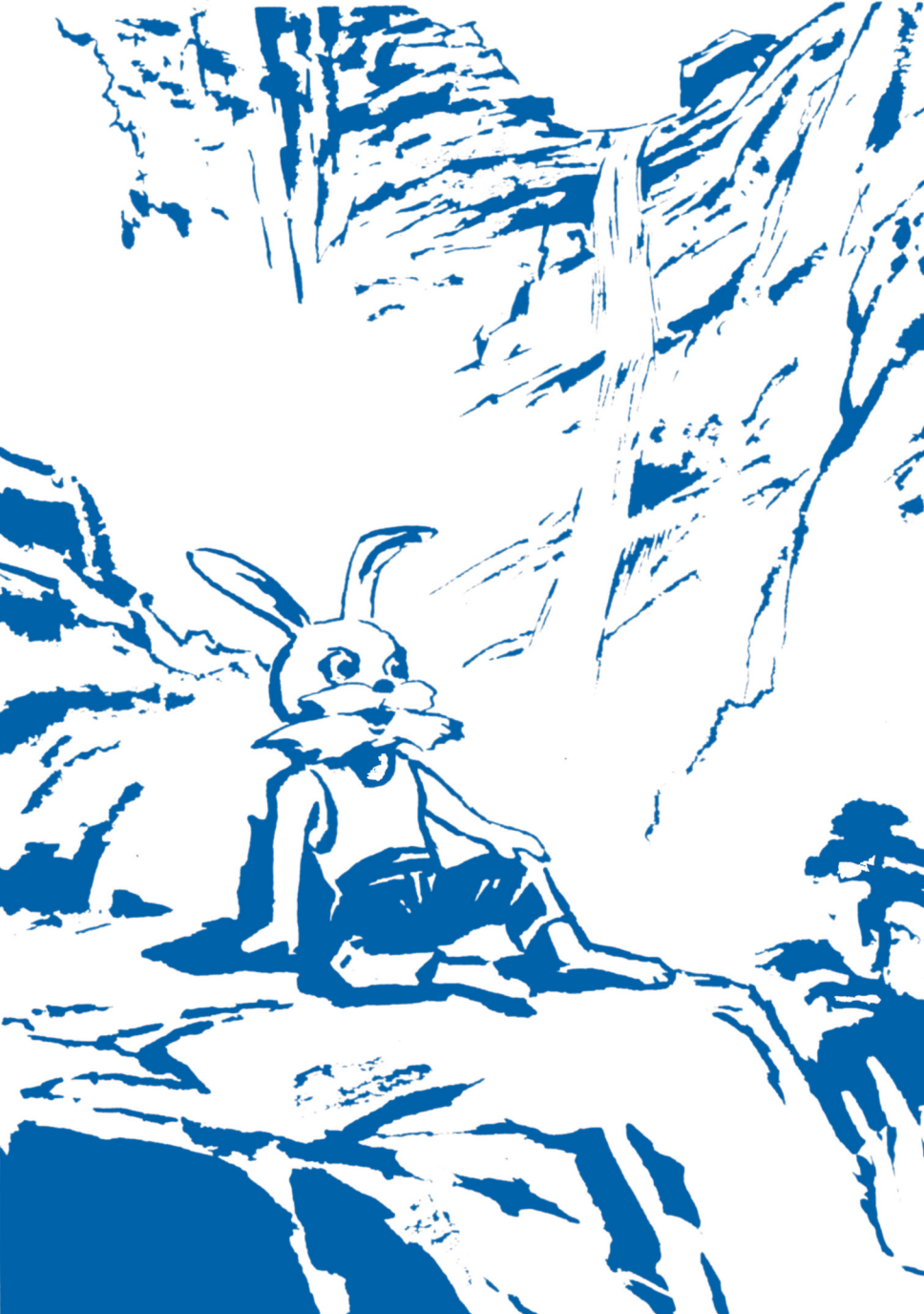
Fue a ver al hada Okdol, le pidió prestado el arco iris, lo colocó sobre la roca Huevo a la entrada del Kumgang exterior y descendió por él a la Tierra.

Después, corrió saltarín por una estribación que descendía del empinado pico Sejon.

Aquí, contempló boquiabierto el fascinante panorama de los doce mil picos del monte Kumgang que se abarcaba con un vistazo desde allí: La terraza Chonhwa que se empinaba al frente parecía una flor abierta en el cielo y las cascadas del valle Okryu descendían como hermosas sedas desplegadas. Eran llamativas las cascadas Pibong (ave voladora) y Mubong (ave danzarina) que daban la impresión de ser dos aves legendarias que volaban hacia el cielo. Pero más maravillosas eran las cristalinas aguas de las lagunas, las cuales estaban distribuidas de tal modo que parecían espejos.

El panorama que se extendía a sus ojos era cautivador, inimaginable en el Cielo.

"¡Oh!, ¡oh!", exclamó sucesivamente sin poder articular nada más. Hechizado, el conejo contempló el valle donde se



hallaba la cascada Kuryong, sin percatarse del paso del tiempo.

El Sol tramontó el pico Piro y la penumbra comenzó a cubrir la tierra. Sólo entonces el conejo se sobresaltó recordando que debía regresar. Corrió a toda prisa a la roca Huevo donde había dejado el arco iris.

Pero ya no estaba. El conejo se mantenía de pie mirando a su alrededor con ojos desconcertados.

En ese instante se escuchó la tronante y reprensora voz del emperador celestial:

"Oye, infiel, ahora me he dado cuenta de que eres tan perezoso como una tortuga del palacio de los dragones. No puedo encargar a alguien como tú la tarea de moler el arroz para el banquete de mi cumpleaños. Jamás pienses volver al Cielo."

Tras amonestar de este modo al conejo el emperador celestial agitó una tea encendida. En el Cielo se escucharon unos horribles truenos y sobre la espalda del conejo cayó una brasa.

"¡Ay!", se quejó el conejo, echándose de bruces y perdió el conocimiento.

Un rato después, cuando volvió en sí, sintió un dolor punzante en la espalda. Alzó la cabeza, la volvió hacia atrás y observó la parte adolorida. Al instante se le escapó otro quejido al ver que ésta estaba endurecida y agrietada como el caparazón de una tortuga. El emperador celestial lo había condenado a transformarse en este animal.

"¡Ay de mí!", exclamó el conejo mientras se golpeaba el

pecho. Cuanto más pensaba en su desgracia, su desesperación iba en aumento. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Lloró toda la noche desconsoladamente quejándose del despiadado emperador celestial.

Amaneció. Sobre el Mar Este asomó el sol esparciendo sus rayos dorados. Se tiñeron de arreboles matinales los doce mil picos del monte Kumgang.

"¡Maravilloso!", pronunciaron los labios del conejo. El hechizante panorama del monte Kumgang borró su tristeza.

El conejo corrió hacia el pico Sejon donde había estado el día anterior. Desde allí oteó alelado el valle Kuryong. Se deleitaba más y más su sufrido corazón.

"¡A ver!", se dijo el conejo mirando con desprecio hacia el Cielo.

Aunque su lomo se semejaba ahora al caparazón de una tortuga a causa del castigo del emperador celestial, se sentía más alegre al pensar que se había quedado en el pintoresco monte Kumgang. Por eso se dijo entre dientes:

"El castigo del emperador celestial me hizo más feliz."

Desde entonces el conejo vivió en el monte Kumgang admirando sus hermosos paisajes.

Transcurrió mucho tiempo y el conejo quedó petrificado en la ladera del pico Sejon, donde, sentado como entonces, sigue contemplando el paisaje de los doce mil picos.

Hanbong y Podok

Si uno, después de internarse en el valle Manphok, un paraje pintoresco del Kumgang interior, pasa las lagunas Hukryong, Pipha y Pyokha y llega a la Punsol, descubrirá una ermita de tres pisos nombrada Podok en la ladera del empinado precipicio del pico Popki.

La pared del fondo de su piso inferior la constituye un despeñadero natural con una espaciosa cueva —también recibe el nombre Podok— en su centro.

Alrededor de esta cueva se tejió una leyenda que se transmitió desde la antigüedad de padres a hijos.

En tiempos inmemoriales un niño llamado Hanbong se internó en un profundo valle del monte Kumgang con el propósito de estudiar de forma autodidacta.

Construyó una modesta cabaña en el bosque y se dedicó al estudio, teniendo por amigos a las aves y otros animales y deleitándose con el viento y la luna.

Transcurrieron tres años. Un día, al observar en un rincón de la cabaña el montón de libros que su madre le había dado cuando decidió marchar al monte, pensó:

(Mi madre me aconsejó que leyera esos libros durante los diez años que estaría en esta cabaña, sin envidiarle nada a otros. Pero, ¿cuándo terminaré de leerlos?)

Desde hacía poco tiempo sentía fastidio por el estudio y con frecuencia debía hacer un gran esfuerzo para leer. Cerraba el libro y salía afuera a respirar el aire. Se sentaba, apoyando la espalda en el tronco del olmo que se alzaba en el patio y contemplaba las blancas nubes.

(¡Cuán felices son las nubes! No conocen el hastío que siento yo ahora.)

Mientras así pensaba se escuchó el canto de una cigarra. Alzó la cabeza y descubrió que ésta cantaba haciendo vibrar sus alas.

(La cigarra canta bien aunque no ha estudiado como yo.)

Hanbong tuvo envidia de la cigarra. Sintió deseos de dejar los estudios y regresar junto a su madre. Había leído muchos libros y por tanto sentía confianza en sí mismo, en su capacidad

de enfrentarse a cualquier tarea.

Echó a caminar lentamente para dar un paseo por el valle Manphok y quitarse, a la vez, el cansancio que invadía su mente.

Cuando descendía por el barranco surgió ante él la figura de una hermosa muchacha. Venía a su encuentro, con flores en la mano.

"¿Eres Hanbong? Me llamo Podok."

La joven le sonrió y le puso una flor en el pecho.

"¿Podok?"

Hanbong tomó instintivamente las manos de la muchacha.

Entonces ésta, ruborizándose, retrocedió un paso y echó a correr.

"¡Podok!, ¡Podok!", decía Hanbong mientras corría detrás de ella. Pero las piernas no le obedecían. Era como si estuvieran ateridas. Trató de alcanzarla, pero la muchacha desapareció de su vista.

"¡Caramba!"

Hanbong recorrió con la mirada los alrededores. Descubrió un pañuelo blanco en una ramita. Se acercó cautelosamente sin dejar escuchar sus pisadas.

Allí cerca estaba ella. Se lavaba la cara con el agua depositada en un recipiente de piedra. Su corazón latió con fuerza.

"¡Podok, soy yo!", gritó lleno de gozo mientras corría hacia ella.

Pero la joven, sobresaltada, lo miró con los ojos agrandados, recogió el pañuelo de la ramita sin responderle y echó a correr cuesta arriba.

"¡Podok!, ¡Podok!", Hanbong la siguió jadeando.

Al torcer un recodo ella desapareció otra vez como el viento. Se lamentó de haberla perdido de vista. Empezó a buscarla de nuevo. De repente brillaron sus ojos. Descubrió en la ladera del pico Popki un pañuelo blanco que flotaba con el aire.

La muchacha, que seguía con la mirada a Hanbong, desapareció en una cueva que se hallaba en el despeñadero.

Hanbong sintió que su corazón latía con más fuerza. Empezó a trepar al precipicio, pulgada a pulgada, agarrándose de las ramas y las hierbas. Llegó por fin a la cueva y entró en ella.

Trató de encontrar a la joven escrutando los rincones más retirados y obscuros. Pero no la veía, sólo pudo distinguir en uno de éstos una enorme mesa de piedra.

Hanbong la observó conteniendo la respiración.

En ese momento apareció la muchacha en otro rincón, sosteniendo en las manos un voluminoso libro de cubierta dorada.

"Hanbong, te he atraído hasta aquí para darte un libro."

Al decir esto, la muchacha le extendió el libro dorado. Hanbong lo tomó. En la portada aparecía escrito con letras doradas: “Arte de Ver Lejos”.

“Entonces, si leo este libro, no tendré que hacerlo con los que me dio mi madre.”

Muy contento, Hanbong apretó contra su pecho el libro dorado. Abrió la portada y observó que las letras eran tan pequeñas como los granos de sésamo. Y no podía entender ni una de ellas.

Creyó que la joven se burlaba de él. Por eso le preguntó:

“¿Quién eres?”

“Me interné en el monte Kumgang al igual que tú para estudiar”, respondió ella sonriendo.

“¿Sí? Entonces, ¿por qué me das este libro dorado cuyo contenido no puedo descifrar?”, preguntó Hanbong ladeando la cabeza.

“Cada día, cerca de tu cabaña, yo observaba cómo tú estudiabas. En estos días he notado que te muestras muy negligente en el estudio.”

Indicando el montón de libros que se encontraban junto a la mesa de piedra, la muchacha continuó:

“Yo he leído esos volúmenes cien veces. Como resultado ahora puedo descifrar el contenido de ese libro dorado.”

Su voz vibraba llena de cariño y sinceridad, con el interés de estimularlo en el estudio.

Hanbong se ruborizó, avergonzado de su temporal aburrimiento hacia el estudio. Tomó las manos de la joven y le dijo:

"Tienes razón. Hasta que no domine plenamente los libros que me dio mi madre no pensaré en otra cosa."

Hanbong corrió a su cabaña y abrió el libro.

Desde ese día, con una nueva determinación, leyó con interés los libros grabando en su mente el contenido de cada palabra, cada línea.

En diez años dominó el contenido de todos los libros que le había entregado su madre. De este modo se convirtió en un destacado sabio que disfrutaba del respeto de las personas. Más tarde, en memoria de aquella muchacha que le hizo comprender a tiempo su error y lo estimuló a tomar el camino correcto, denominó Podok a la cueva donde ella estudiaba, y construyó allí la ermita del mismo nombre.

La roca Hércules

En tiempos inmemoriales, en un paraje ubicado a mitad del camino que conducía al peñascal de las Mil Figuras había un caserío nombrado Chikdophi por estar cubierto de *chik* (una especie de maranta).

Como sus habitantes bebían de las cristalinas aguas del monte Kumgang, los niños, antes de cumplir los quince años ya eran tan fuertes como Hércules y tan ágiles como un tigre.

El más fuerte de todos era Okse. Cuando saltando de un pico a otro, tiraba la lanza o la flecha éstas se clavaban incluso en las rocas. Y era tan ágil que en una ocasión capturó vivo a un tigre y lo domesticó en el patio de su casa. Poseía además una

voz muy hermosa. Cuentan que en la primavera mientras araba y sembraba la tierra cantaba en voz alta junto a los jóvenes aldeanos y que hasta los doce mil picos del monte Kumgang bailaban.

Un día de verano un grupo de japoneses desembarcó en la cercana isla Al, destruyó los nidos de las gaviotas y recogió todos sus huevos, mientras esperaba la oportunidad de irrumpir en el monte Kumgang.

“No debemos permitir que los piratas invadan nuestra tierra. Como la isla Al pertenecer a nuestro territorio debemos expulsarlos de allí”, gritó Okse apretando los puños. Tomó la lanza y el arco que usaba para cazar y marchó hacia la costa.

Al anochecer, en secreto, tomó un bote y abandonó el puerto. El mar, tranquilo como una seda extendida, comenzó a agitarse cuanto más se acercaba a la isla. Okse remó con fuerza.

Pero antes de llegar a su destino despuntó el día. Los japoneses, al descubrirlo, fueron a su encuentro con gran alboroto.

(¡Canallas!), pensó.

Los ojos de Okse parecían echar chispas. Saltó a una embarcación de los piratas. Clavó su lanza en el cuerpo de los que estaban a babor y estribor, y los lanzó al mar.

Luego saltó a otra nave. Esta vez, sin utilizar la lanza, agarró por la nuca a los japoneses, los levantó en el aire y los lanzó al mar, tal como si fueran nabos arrancados de un huerto.

El mar se cubrió de cadáveres.

"¡Soldados, al ataque!", exclamó nervioso el caudillo de los enemigos, parado en la proa de su barco.

Pero ninguno de sus subalternos se atrevía a tocar a Okse, horrorizados ante su fortaleza y agilidad.

Sin darles tiempo a nada Okse remó con todas sus fuerzas hasta al barco del jefe de los japoneses.

En ese preciso momento es herido en un hombro por una flecha lanzada por éste. Okse la empuñó. Por entre sus dedos brotaba la sangre, que pronto tiñó de rojo su ropa y el fondo del bote.

Okse lanzó con violencia su lanza al adversario. Pero éste la atrapó en el aire con una de sus manos y la rompió como a una rama seca. Esto evidenciaba que también era muy fuerte.

Okse saltó al barco, derribó a los escoltas y se acercó al jefe con pasos firmes.

Se entabló un duelo. Ambos lucharon, rodaron algún tiempo por la cubierta. Pero Okse había perdido mucha sangre y cayó debajo. El caudillo oprimió el cuello de Okse con todas sus fuerzas. Mientras tanto, la embarcación se alejó llevada por las olas.

Okse lo miraba con odio. Se levantó y lo golpeó con toda la fuerza que le había proporcionado el agua mineral del monte Kumgang. Lo alzó sobre su cabeza y lo arrojó al mar. Luego, extenuado, cayó sobre la cubierta. El barco navegaba sin rumbo.

En ese instante, el cielo se cubrió de gaviotas procedentes de la isla Al. Estas, batiendo sus alas, produjeron el viento necesario para mover el barco. Cuando Okse volvió en sí la nave estaba junto a la costa.

Las gaviotas revoloteaban sobre su cabeza y dejaban caer sus lágrimas, en agradecimiento por haberles protegido sus nidos.

Tras aniquilar a los piratas japoneses Okse regresó triunfante a su aldea. Los vecinos en su honor ofrecieron durante tres días

un solemne banquete catalogándolo como el Hércules de la aldea.

Dicen que aunque él duerme profundamente al pie del despeñadero donde se halla la ermita Ryukhwa, si los enemigos osan atacarnos, despertará y los aniquilará con su lanza y su flecha.

Eres también un castaño

En un profundo valle del monte Kumgang vivía feliz un matrimonio que tuvo un hijo cuando ya sobrepasaban los cuarenta años. Su alegría era indescriptible. Con el deseo de que el niño creciera con rapidez le puso por nombre Murok (a palmos).

Bajo el cuidado y amor de sus padres creció Murok sin enfermarse jamás.

El día en que el niño dio sus primeros pasos apareció en el patio de su casa un enorme tigre.

Sus padres palidecieron asustados.

“Soy un tigre, pero, no se asusten. Vengo del valle del pico Piro con un ruego...”

Después de decir esto el tigre como una persona, se sentó

en la terraza, lió un tabaco y lo encendió. Se fumó un cesto entero de tabaco. Luego, sacó cien castañas del tamaño de un puño.

"Les pido que hagan germinar estas cien castañas y con ellas cultiven igual número de árboles. Cuando transcurran diez años vendré a llevármelos."

Al decir esto salió del patio..., se detuvo y después de titubear un instante se volvió y dijo:

"Me da pena decirles esto, pero si cuando regrese el número de castaños no asciende a cien me veré obligado a llevarme a su hijo."

Luego explicó que él era un hombre proveniente del cielo, que se transformó en tigre por un castigo del emperador celestial y que sólo se podía liberar de él diez años después cuando le llevara cien castaños. Y añadió que el emperador celestial le había ordenado que si el número no estaba completo debía llevarse en su lugar a un niño.

Al oír esto, el corazón de los padres de Murok latió muy fuerte en sus pechos. Todo se oscureció a su alrededor, al pensar que el emperador celestial les pudiera arrebatar a su hijo.

"Tigre, cueste lo que cueste, cultivaremos los cien castaños. Te rogamos que no toques a nuestro hijo", suplicaron los padres de Murok con voz temblorosa.

“Si cumplen su promesa también yo me alegraré infinitamente.”

El tigre se despidió de ellos tras hacerles profundas reverencias.

En el patio de la casa los padres de Murok sembraron las cien castañas con gran esmero. Al año siguiente en la primavera brotaron las verdes posturas.

Los padres de Murok las contaron, pero ambos se sobresaltaron, al ver que eran noventa y nueve. Desenterraron la castaña que no había nacido. Y comprendieron lo sucedido: un ratón se había comido la semilla.

“¡Ay! ¡Qué desgracia!”

Se dejaron caer en el suelo, exhalando largos suspiros. Al percatarse de que no podían permanecer así, el hombre consoló a su esposa:

“Ten ánimo. Tal vez encontremos la solución mientras cuidamos los noventa y nueve castaños.”

Trasplantaron con cuidado las posturas en el monte que estaba en la parte de atrás de la casa. Limpiaron de malezas sus alrededores y las regaron cada día; echándole un jarrón de agua a cada uno.

Tal vez debido al esmerado cuidado, .los castaños crecieron frondosamente y en pocos años llegaron a alcanzar el cielo.

Mas los padres de Murok no sentían ni la menor alegría, por el contrario estaban preocupados cuando pensaban que faltaba un castaño.

Para completar el centenar peinaron todos los valles del monte Kumgang. Pero no encontraron ni uno.

Era el último día de los diez años comprometidos. Ellos se entregaron en cuerpo y alma a la búsqueda del castaño, subieron y bajaron las escabrosas estribaciones, con las ropas y la piel desgarradas por las espinas. Pero tampoco pudieron encontrarlo.

Ya el sol se hallaba sobre la cima de un monte, en el poniente, esparciendo sus últimos rayos crepusculares.

Los padres de Murok se sentaron en el borde de un peñasco y comenzaron a sollozar golpeando la roca con el puño.

"Mañana el ti... tigre se llevará a nuestro Murok..."

De repente, se escuchó una voz que salía del monte:

"¡Nadobamnamu!" (Soy también un castaño.)

Sorprendidos, ambos dirigieron sus miradas hacia el lugar de donde salía la extraña voz. En el bosque un árbol gritaba agitando sus ramas:

"Nadobamnamu, nadobamnamu."

El matrimonio, secándose los ojos, lo observó. Al instante gritaron de júbilo.

Un árbol muy parecido al castaño agitaba sus ramas. Sin

salir de su asombro, ambos corrieron hacia él.

"Sí, nodobamnamu." (Eres también un castaño.)

El matrimonio abrazó el tronco y comenzó a danzar a su alrededor.

"Tú has salvado a nuestro Murok."

"Muchas gracias."

Y el matrimonio lloró de alegría.

Al siguiente día por la mañana el tigre llegó a la casa tal y como lo había prometido.

"Tigre, hemos cultivado los cien castaños. Noventa y nueve se hallan en el monte de atrás de la casa y el restante tres cumbres más allá."

"Entonces, tigre, ya no tendrás que llevarte al cielo a nuestro hijo. ¿No?"

Los padres de Murok miraron al tigre con el corazón oprimido.

"Reconozco sus esfuerzos durante estos diez años", dijo el tigre poniéndose de rodillas ante ellos.

"Si me llevo los cien castaños cultivados por ustedes podré librarme del castigo. Pero yo no regresaré al cielo."

"¿Por qué?", le preguntaron los padres de Murok preocupados al pensar que el tigre tramaba algo.

"He decidido quedarme aquí en el monte Kumgang. Seré

más feliz viviendo como un tigre en el monte Kumgang que en el árido cielo donde no hay agua ni árboles."

El tigre los miró como preguntándoles su opinión. Estos se sintieron emocionados.

Los padres de Murok, pensando que la hermosura del monte Kumgang lo había hecho cambiar de parecer, sintieron alegría y orgullo de vivir en este lugar.

"Tigre, has pensado bien."

"Sí, es mejor vivir en el monte Kumgang donde hay árboles y aguas cristalinas que en el árido cielo."

Los padres de Murok acariciaron el lomo del tigre. Más tarde ellos denominaron "nodobamnamu" (haya) al árbol que descubrieron en el bosque, y lo sembraron en todos los valles del famoso monte.

Hoy sus vástagos cubren estos valles con su follaje y sus ramas se mueven alegres como si quisieran transmitir la antigua leyenda.

Tres hermanos y un potro

Hace muchos años, en el valle del pico Seji vivían en armonía tres hermanos.

De día ayudaban a sus padres en las faenas del campo y recogían leña en el monte, y de noche leían a la luz que les ofrecían las teas que encendían en las Sangbawi (rocas gemelas) del patio: “Kumgang, el monte más hermoso del mundo”.

Atraídos por la luz acudían allí muchos animales del famoso monte: ciervos, ardillas, cabras, búhos y lechuzas. Pero al observar a los tres hermanos dedicados por completo al estudio se alejaban para no molestarlos.

Una noche, un potro vio la luz de la tea. Este preparaba sus cascos bajo la mirada de su madre.

“Mamá, apagaré esa luz con mis cascos”, dijo el potro dando

patadas a la roca. El travieso animalito se sentía atraído por aquella tea encendida.

"Está bien", contestó la yegua afirmando con la cabeza y mirando con orgullo a su crío.

Este comenzó a galopar hacia la tea. Lo seguía la madre. Pero cerca de las rocas Sangbawi se detuvieron al escuchar en la oscuridad de la noche unas voces: "Mi país es tan hermoso que parece estar bordado en oro. Mi país es el más bello del mundo."

El potro escrutó en la oscuridad y sus ojos se encontraron con tres niños que leían sentados uno junto al otro. Estaban tan absortos en la lectura que no percibieron la presencia de los animales.

Sus voces se propagaban por el valle produciendo un eco semejante a un hermoso cántico.

Los animales les prestaron oídos y sintieron una gran emoción.

"¡Qué niños tan admirables!", dijo la yegua y se alejó con cuidado para no molestarlos. Pero el potro, como si sus patas estuvieran pegadas a la tierra, los contemplaba inmóvil.

La yegua le hizo una señal con la cabeza, pero él, olvidando que su madre lo esperaba, permanecía allí, atraído por la lectura:

“Kumgang, el monte más hermoso del mundo”. Repitió estas palabras.

Pasaron los días y los meses. Pero el potro siguió allí hasta quedar petrificado.

La madre que lo esperaba también se convirtió en piedra.

En la actualidad las rocas conocidas por Dongja (niño), Mangaji (potro) y Omimal (yegua), transmiten esta leyenda.

La muchacha de la aldea Kumrosu

Junto al camino que conduce de la comuna Onjong a la loma del mismo nombre brota el agua de un pequeño manantial durante todo el año.

Este manantial también es testigo del amor de los lugareños por el monte Kumgang.

En tiempos pasados, en una choza situada cerca de ese camino vivía una chica llamada Noul.

Ella tenía un corazón tan bondadoso que cavó un manantial cerca del camino, lo acondicionó adecuadamente y situó en él una güira para que los viajeros que atravesaban la loma Onjong tomaran agua fresca y cristalina.

Un día de estío, cuando ella estaba poniendo en el fondo del manantial las blancas piedras después de limpiarlo apareció un grupo de jinetes que levantaban una densa polvareda.

“Eh, chica, dame un poco de agua”, le dijo uno de ellos, al parecer el jefe, pasándose la lengua por los resecos labios. Su

armadura, empapada de sudor, denotaba que había hecho un largo viaje.

"¡Un momento!"

Noul se acercó al manantial, llenó la güira de agua y se la entregó.

Al saber que ella misma había acondicionado el manantial para los transeúntes, él la elogió:

"Eres una joven muy bondadosa."

El jefe militar le pidió un poco más de agua. Ahora ésta, además de estar fría como el hielo, era muy agradable al paladar. Agradeciendo el gesto de la joven exclamó: "Es en realidad un agua para la longevidad." Y, se dirigió a sus soldados y les explicó alegremente: "Desde la antigüedad se le llama *kumrosu* a los manantiales que se forman con la unión de las gotas del rocío que caen del cielo. Dicen que quien bebe de sus aguas, aunque sea un sorbo, no envejece. Entonces tomen cuanto deseen."

Los soldados calmaron la sed bebiendo el agua que les ofrecía Noul. Luego fueron al campo de batalla al otro lado de la loma Onjong. Vencieron a los enemigos con una fuerza y coraje redoblados por el admirable gesto de aquella joven desconocida.

Cuando regresaron triunfantes, Noul los recibió con alegría

junto al manantial. El jefe se bajó de su cabalgadura y le dijo sonriente a Noul:

"Tienes un corazón muy bondadoso. Mis soldados adquirieron una fortaleza hercúlea después de beber el agua que tú les ofreciste."

Más tarde, las personas le pusieron por nombre Kumrosu a ese manantial por ser sus aguas rejuvenecedoras como era el deseo de Noul. Así mismo denominaron a la aldea donde ella residía.

Terraza Unson

En tiempos muy lejanos en el mundo de las estrellas vivía un hada llamada Choeson. Ella servía a Phalmanong, anciano de ochenta mil años.

Este, aunque poseía casi todos los tesoros del cielo, no se sentía satisfecho y obligaba cada día a Choeson a que le buscara frutos del laurel que estaba en la Luna y piedras ardientes en el Sol.

Un día el anciano escuchó que si se hacía una lámpara con perlas vería mucho más.

Impulsado por la codicia, ordenó a Choeson que fuera a la Vía Láctea y trajera esas perlas.

La muchacha se puso el vestido alado, voló a la Vía Láctea,

recogió diez perlas que encontró allí, las envolvió en su falda y emprendió el camino de regreso. Pero durante el vuelo su hermoso vestido alado se enganchó en una nube dejando caer las perlas.

Con voz apenas audible y desesperada le explicó al anciano lo sucedido:

"Perdóneme señor, pero he perdido las perlas..."

"¿Has perdido las perlas?"

Las cejas del anciano temblaron. Este miró a Choeson con ojos penetrantes. Luego sacó sus anteojos y observó la tierra buscando y rebuscando las perlas. Un rato después dijo:

"Las perlas de la Vía Láctea han caído en una limpia laguna del valle del monte Kumgang. Ve de inmediato allí y recógelas antes de que los hombres se apoderen de ellas."

Para cumplir su orden Choeson montó en una carroza formada por las nubes. Se bajó cerca de la terraza Chilbo en el valle Songrim del Kumgang exterior, pero se quedó maravillada ante el fascinante paisaje.

Los empinados picos lucían de trecho en trecho mantos de hermosos colores y en las cimas de las rocas colocadas una sobre otra crecían pinos añosos con sus ramas verdes extendidas.

Las cascadas se despeñaban y sus aguas se pulverizaban

creando una neblina que con los rayos del sol formaban un lindo arco iris.

Choeson, atraída por la belleza del monte Kumgang, permaneció largo rato observando los hermosos paisajes sin acordarse de la tarea encomendada.

Al salir de su distracción se apresuró a buscar la laguna indicada. Descubrió las diez perlas en el fondo de las azules aguas. Como eran tan cristalinas podía apreciar que su profundidad sobrepasaba más de dos veces su estatura.

Como no sabía nadar, contempló suspirando el agua.

Mientras tanto, se escuchó en el cielo el sonido de un tambor. Era la llamada del anciano Phalmanong que le ordenaba regresar.

Choeson, tomando en sus manos las cintas de su vestido, daba pasos por la orilla de la laguna. Se sentó desesperada y comenzó a sollozar, cubriéndose la cata con las manos.

En ese preciso instante percibió que alguien se acercaba. Volvió el rostro sobresaltada. Y observó a un joven cargado de leña que venía a su encuentro.

"¡Caramba!", exclamó sin saber cómo comportarse, pues veía por primera vez a un ser humano. Se puso a temblar de miedo. Además, pensó que venía a llevarse las perlas.

"¿Quién es usted?", preguntó el joven leñador con voz

pausada como si hubiera comprendido la intranquilidad de la muchacha.

La amabilidad del joven le hizo perder el temor.

“Soy Choeson, un hada que vivo en el cielo, en el mundo de las estrellas. He venido para recoger unas perlas...”

Choeson, ruborizada, le explicó el motivo de su presencia en el monte Kumgang. Su rostro expresaba a la vez preocupación y angustia.

“Señorita, no se preocupe. Yo sacaré esas perlas.”

El mozo dejó en el suelo su portacargas de leña y le pidió a ella que lo esperara detrás de una roca.

(¡Qué hombre tan bondadoso!), pensó Choeson.

La bondad del joven la emocionó pues nunca antes había conocido algo semejante. Su corazón vibró de agradecimiento hacia él. Cuando ella, tratando de calmar su admiración buscaba las palabras que le diría al muchacho, éste se le acercó...

“Tome, señorita, sus perlas.”

Y depositó en sus manos las perlas de la Vía Láctea.

“¡Ah!”

El hada estaba muy contenta. El rostro del leñador también se iluminó de satisfacción.

¡Tam-tam!

Se escuchó de nuevo el sonido del tambor del cielo. Al

instante desapareció la sonrisa del rostro de Choeson.

"¿Cómo podré recompensar su favor?"

Choeson no pudo continuar. Una sensación de vacío dominaba su pecho al pensar que debía separarse de él sin intercambiar siquiera palabras de agradecimiento.

Con pasos lentos, Choeson se dirigió adonde estaba la carroza de nube. Permaneció junto a ella un buen rato y miró al jovencito.

El sonido del tambor se escuchó con mayor fuerza. El hada subió a la carroza...

"¡Adiós!", expresó con ansiedad mientras la carroza despegaba.

"¡Señorita hada!"

El joven la despedía agitando sus manos.

En el cielo Choeson no podía apartar de su mente, ni un momento, al joven leñador del monte Kumgang. Cada día crecía más su nostalgia por él. Ella pensaba una y otra vez en regresar al monte Kumgang y hablar con él con toda sinceridad.

Pero por temor al anciano ella no se decidía a expresar su deseo.

Un día, Phalmanong emprendió un largo viaje para asistir al cumpleaños del anciano Kyesu, que vivía en el mundo de la Luna.

Aprovechando la ocasión Choeson bajó al monte Kumgang en la carroza de nube. Junto a la laguna la recibió con alegría el muchacho que otra vez regresaba del monte cargado de leña.

El corazón de Choeson latía de felicidad. Ella le expuso su deseo de vivir en el monte Kumgang. El muchacho recibió su propuesta con gran satisfacción.

Pero Choeson tuvo que pasar días muy difíciles, porque cada jornada Phalmanong hacía soplar un fuerte vendaval pata llevarla al mundo de las estrellas. Cuando ocurría esto ella se escondía en una hondonada rodeada por rocas que impedían que el anciano la viera con sus anteojos celestiales.

El joven leñador construyó en ese sitio una cómoda cabaña para ella. Choeson preparaba la comida, tejía y cultivaba la tierra.

Años más tarde la gente llamó Unson (hada de las estrellas) al lugar donde vivía Choeson.

La astucia de la nutria

Cuentan que en una pequeña laguna situada al pie del monté Halla en la isla Jeju vivía una nutria.

Una vez, al no llover, el embalse se secó por completo.

La nutria se vio obligada a abandonar su querido hogar e ir para la tierra firme cruzando el mar.

Como era cobarde a pesar de su astucia, se mantuvo siempre escondida en el monte para evitar a los cazadores que codiciaban su piel. Por eso le era imposible saborear la deliciosa carne de los peces. Mientras peregrinaba con rumbo al norte en

busca de abundante alimento se estableció por fin en el monte Kumgang.

Aquí pasó días muy felices. En los riachuelos que corrían por sus valles abundaban los peces. Además, sus ojos estaban fascinados por los hermosos paisajes.

Un día, después de haber comido opíparamente se subió a un risco para limpiarse los dientes.

En ese instante salió perezosamente del bosque un enorme tigre y comenzó a acercarse adonde estaba ella.

La nutria, asustada se escondió y contuvo la respiración.

El tigre observaba a su alrededor como si percibiera su olor.

La nutria, pálida, se mantenía a la expectativa.

Ella sabía que moriría si la descubría la fiera.

(¿Qué hacer? Debo idear alguna estratagema), pensó la inteli¬gente nutria parpadeando. En eso acudió a su mente una buena idea.

Después de tranquilizarse a duras penas gritó desde su escondrijo:

"¿Quién viene ahí; tigre, eres tú?"

La fiera se detuvo al escuchar esa voz que le llegaba de detrás de una roca.

(¿Quién será el que se atreve a gritarme así, al rey de la

selva? Lo devoraré de un bocado si lo descubro), pensó el tigre y escrutó los alrededores. Pero volvió a escuchar la voz chillona:

"Bribón, ¿qué estás buscando? ¿No me ves y estoy ante tus mismas narices?"

El tigre observó a su alrededor. Pero sólo veía una gran roca. Extrañado, hizo girar sus ojos.

"Soy un enviado del emperador celestial. He bajado a la tierra para capturar a un tigre por orden de Su Majestad. Por fortuna te he encontrado aquí. Acércate a esta roca, pues debo degollarte de inmediato para llevar tu cabeza", gritó de nuevo la nutria.

El tigre temió.

(Si es un ser invisible será sin duda un súbdito del emperador celestial.)

La fiera sintió un escalofrío y comenzó a temblar.

"No he hecho nada malo para que me degüellen", contestó el tigre lloroso.

"Canalla, también te gusta replicar."

La nutria volvió a gritar con voz aún más aguda y con una rama golpeó la roca con todas sus fuerzas. La rama voló hecha pedazos y uno de éstos rozó el hocico del tigre.

"¡Uf!"

Lanzando un grito lastimero el tigre corrió despavorido, sin darse cuenta de que su piel se desgarraba al engancharse en las zarzas y espinas.

"Oiga, tío tigre, ¿por qué huye de ese modo?", le preguntó una liebre.

"¿Eres tú, liebre? Estoy muy asustado. A decir verdad..."

El tigre, respirando con dificultad le contó lo sucedido.

Pero la liebre, al escucharlo, se desternillaba de risa, porque ella había presenciado de lejos cómo la nutria engañaba al fiero animal.

"Já, já, já, es una rotunda mentira. Quien le dijo que era un súbdito del emperador celestial, no era tal, sino una nutria. La muy astuta lo engañó para que no la devorara. ¡Cuán lamentable es que el tío tigre, el rey de la selva, haya mordido en su anzuelo y huido atemorizado!", dijo la liebre en tono burlón moviendo los labios. Pero el tigre no confiaba en sus palabras.

"Si no me cree vamos juntos a averiguar. Si dejamos viva a esa astuta nutria nos acarreará mayores problemas", expuso la liebre enardecida por la desazón ante la burla de la nutria.

"Parece que todavía usted duda de mis palabras. Entonces vamos juntos, entrelazados nuestros rabos. Así no podré

escaparme aunque la nutria haya dicho la verdad."

La liebre precisó al tigre uniendo su rabo al de éste.

"Como eres astuta en el monte Kumgang estoy persuadido de tus palabras."

Indignado por haber sido engañado por la nutria el tigre se dirigió al riachuelo.

Mientras tanto, la nutria permanecía medio atontada por el susto que le causó la fiera, aunque había logrado burlarla.

Al ver que el tigre y la liebre se acercaban estuvo a punto de desmayarse.

(Sin duda la maldita liebre azuzó al tigre), pensó ocultándose aprisa detrás de la roca y se dijo:

(Esta vez le diré una mentira a la muy taimada.)

Y gritó a voz en cuello:

"¿Eres tú liebre quien se acerca por ahí? Tu abuelo y tu padre tenían que tributar treinta pellejos de tigre al emperador celestial. Pero hasta ahora sólo han enviado veinte y nueve. Esperábamos información acerca del último. Pues, ¿vienes ahora para entregárnoslo en lugar de tus antecesores?"

Al escuchar aquello la liebre pensó que la astucia de la nutria no tenía parangón.

"Tío tigre, no se deje engañar por esas palabras. Otra vez lo

trata de engañar", susurró la liebre al oído de la fiera. Pero se escuchó de nuevo:

"Liebre virtuosa, me admira tu astucia de traerme al tigre vivo. Como tengo hambre lo sacrificaré y comeré su carne asada aquí mismo y me llevaré al cielo sólo el pellejo."

Al oír esto el tigre soltó un grito lastimero y clavó una fiera mirada en la liebre.

(Zorra, me has traído aquí con tu jugada), pensó el tigre presintiendo el castigo del súbdito del emperador celestial.

Contrajo el cuello y se preparó para huir,

"Pero, tío tigre, espere un momento. La nutria lo engaña otra vez", desconcertada, la liebre le gritó con desesperación.

Pero el tigre no creía ya en sus palabras. Echó a correr a toda velocidad hacia el bosque. La liebre, que tenía el rabo atado al del tigre, era arrastrada tropezando con las rocas y troncos de los árboles. Debido a lo cual sus labios fueron rotos.

"Párese, escuche mis palabras", exclamó la liebre con voz ahogada. Pero sus labios desgarrados le imposibilitaban pronunciar correctamente las palabras.

El tigre seguía corriendo como un loco sin hacer caso a los lamentos y gritos de la liebre.

En un barranco ésta perdió una parte del rabo. Apretándose

con las patas el hocico desgarrado y el mocho de rabo la liebre lloraba a causa del dolor.

Y se dijo:

"Ay, me ha sido difícil vencer a la astuta nutria."

Después de los escarmientos dados al tigre y la liebre, la nutria vivió en el monte Kumgang sin preocupaciones.

El oso que no pudo comerse la bellota

En la ladera del pico Hunggwanum, en el monte Kumgang, se encuentra la roca Oso del tamaño de una casa que se parece a este animal con la boca abierta y el cuello estirado.

Cuenta la leyenda que en tiempos remotos quedó petrificado allí un oso.

En una profunda cueva del pico Piro vivía un oso viejo. Una primavera, al despertar de su sueño invernal, el animal salió.

"¡Qué hambre tan grande tengo!", se dijo frotándose con las

patas delanteras la barriga vacía y echó a andar en busca de comida.

Aunque removió todas las rocas dándole vueltas al pico Oknyo hasta llegar al valle Ganun no descubrió nada comestible.

Su barriga sonaba por el hambre que tenía. Se subió en la cima del pico Junggwanum y observó el Sujong, ubicado al frente, mientras se lamía las patas.

Pensó que en dicho pico, donde daban los rayos del sol primaveral, habrían brotado ya los vegetales.

Se incorporó y empezó a bajar con rumbo al otro pico. Al poco rato escuchó el murmullo de un arroyo. Miró hacia abajo.

"¡Qué obsequio para mí!", se dijo abriendo los ojos. Porque en el fondo de la cristalina laguna Munju abundaban las bellotas. Calculando a la redonda, llegarían por lo menos a diez *mal* (un *mal* equivale a unos 15 kilogramos)

"Con estas será suficiente para alimentarme varios días", se dijo.

Luego, con todas sus fuerzas, saltó de la cima hacia la laguna. Pero cayó en la mitad del despeñadero sin llegar al embalse. Lo peor de todo fue que una de sus patas traseras se trabó en una rendija de una roca. Hizo desesperados esfuerzos para sacarla, mas ésta estaba enganchada con tal fuerza que no cedía ni una milésima.

Le parecía que las bellotas se reían de él rodando de un lado

para el otro en el fondo de la cristalina laguna como si lo dijeran. "¡Ven, cómenos!"

El oso estiró su corto cuello y miró con avidez las bellotas. (Ah, el estómago me arde. ¿No habrá forma de saborear todas esas bellotas?)

El oso estiró más el cuello y abrió la boca dejando caerla saliva. Pero él estaba en un error: lo que consideraba bellotas eran piedras.

El oso gritó:

"Bellotas, saltad de ahí hacia mi boca." En ese momento se escuchó una carcajada. Alzó la vista y vio una aguzanieves, desternillándose de la risa, encaramada en la rama de un árbol.

"Señor oso, no son bellotas", dijo el pájaro sin dejar de reír y moviendo su cola.

"¿Qué son, si no bellotas?", preguntó el oso parpadeando con incredulidad.

"Son piedras, ... ¡piedrecitas!" "¿Qué, piedrecitas?"

El oso dilató los ojos y miró la laguna. Resopló despectivamente y lanzó una mirada enojada a la aguzanieves:

"Usted, señora aguzanieves, ya tiene la vista cansada por la vejez. Lamento que usted en vez de esas apetitosas bellotas vea piedras", le respondió el oso sonando la lengua. Y se esforzó por sacar la pata.

Transcurrió mucho tiempo, pero el oso no pudo sacar la pata y quedó petrificado sin poder comerse ni una bellota.

Impreso en la República Popular
Democrática de Corea

No. 908177

PYONGYANG, COREA
1990